

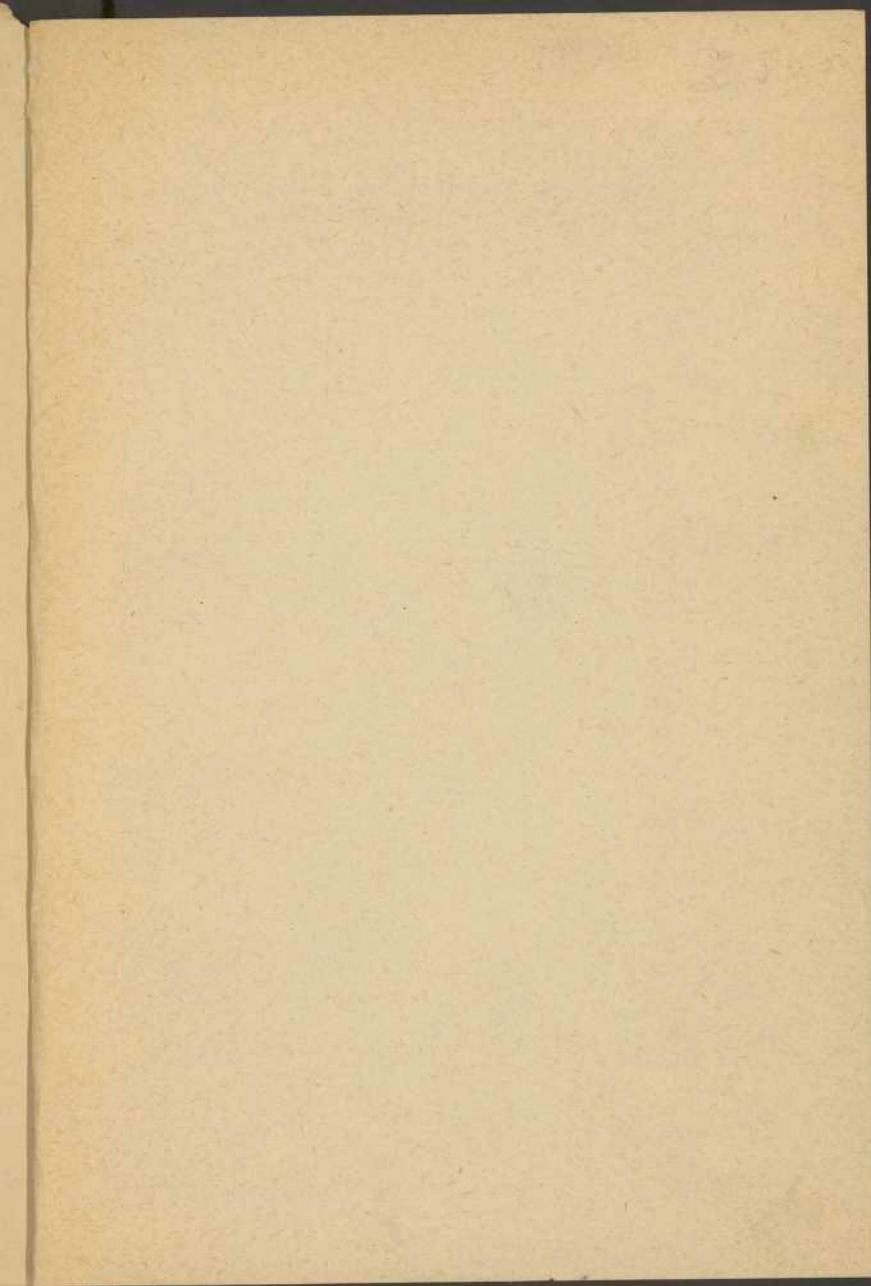
IBO ALFARO

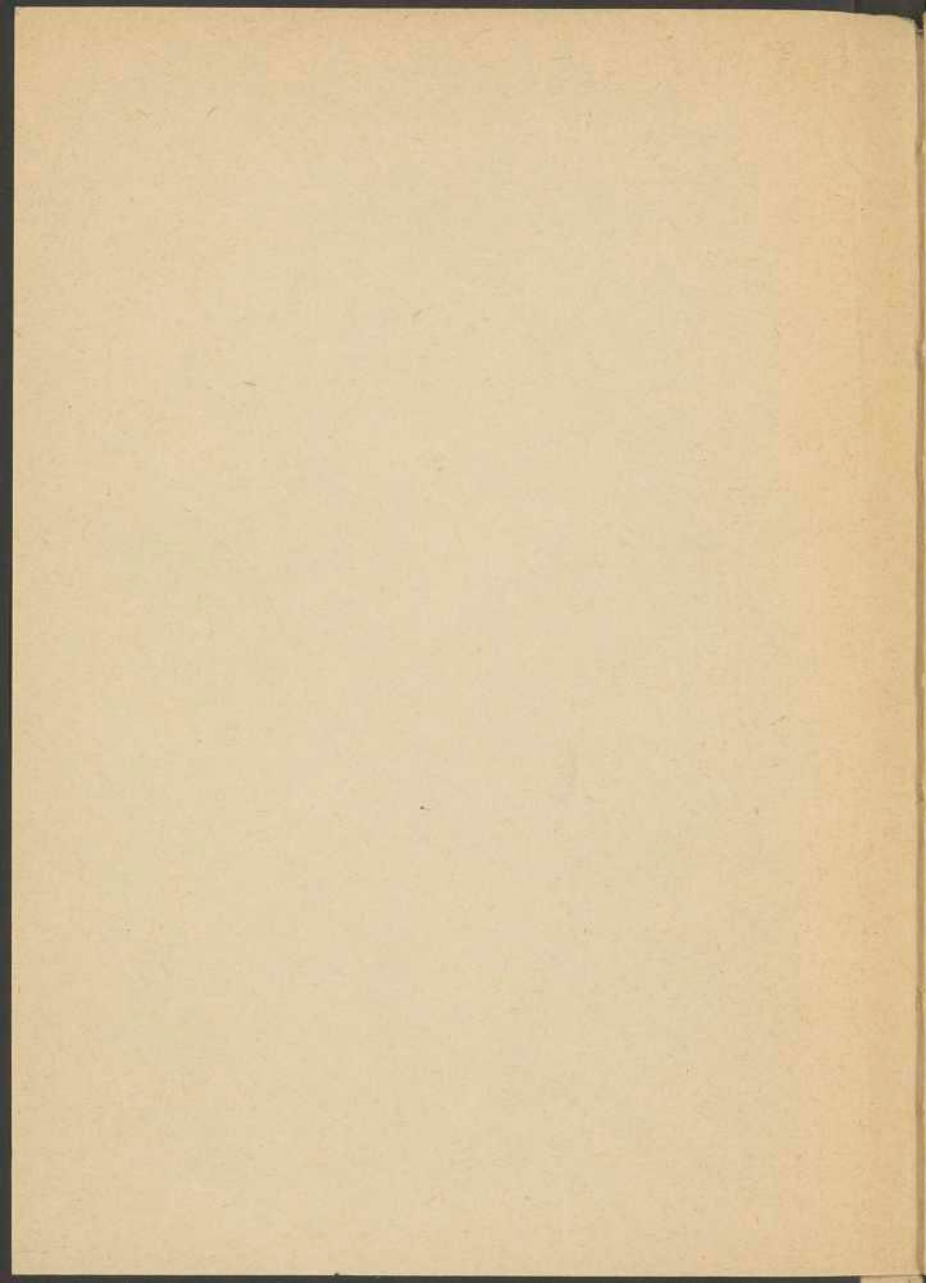
86/71

**LA CRUZ DE LOS
DOS AMANTES**

Notas históricas de PERONIEL
por FLORENTINO ZAMORA

12 SET. 1988





LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES

THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF NATURAL HISTORY
NEW YORK

MANUEL IBO ALFARO

La Cruz de los dos amantes

*Cuento tradicional, editado nuevamente
con una reseña histórica de*

PERONIEL Y DE LA PICA,

por

FLORENTINO ZAMORA LUCAS

M A D R I D

1955

R.6667



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

MURILLO.—Pasaje Valdecilla, 2.—Madrid.

NOTAS HISTORICAS DE LA VILLA DE *PERONIEL*
Y DEL DESPOBLADO DE *LA PICA*

PERONIEL, CUNA DE HIDALGOS

Asentada la vieja aldea en el lomo de suave colina, al pie de la sierra de La Pica, ofrece al viandante los apergaminados muros de su vetusto castillo y la recia torre de su iglesia.

A veinte kilómetros de la ciudad de Soria y a corta distancia de la señorial villa de Almenar comparte sus términos con los de Esteras, Tajahuerce, Almenar, Tozalmoro, Mozalvete.

Verdes y frescas praderas sirven de marco «esmeralda» al pardo caserío por los cuatro costados, preservándola del crudo frío norteño el respaldo pelado de La Pica, salpicado de centenarias encinas y robledales.

De saludable clima, pero bastante frío, su terreno es de regular calidad, pero ya metido en el borde del Campo de Gómara puede cosechar productos agrícolas notables y alternar su escaso regadío con

los pastos de su vecina sierra, finos y abundantes, regalo de su ganado lanar y cabrío.

De 40 a 50 vecinos le señalaba en 1858 el novelista Ibo Alfaro, con muy pequeña diferencia en aumento si lo comparamos con los datos del *Censo del siglo XVI*, que le asignaba 36 vecinos y medio con una pila bautismal, perteneciente al Arciprestazgo de Gómara y al sexmo de Arciel.

En el *Plan Beneficial de la diócesis de Osma* impreso a finales del siglo XVIII le pone 65 vecinos, y el *Nomenclator* de M. Blasco, de 1880, dice tenía 450 almas, y 345, en 1909 (2.^a edic.).

Hoy es del Arciprestazgo de Almenar.

HISTORIA DE LA VILLA

Las noticias más remotas que tenemos de Peroniel son de la segunda mitad del siglo XIV (años 1352 y 1374), pues la encontramos citada en la *Carta de Sentencia arbitral*, dada en «el portal de la iglesia de Osma, miercoles veynte e dos días de agosto de 1352, en el pleito habido entre los clérigos de las aldeas de Soria, contra los clérigos de la ciudad, mandando que la Iglesia de «Sant Gines (de Soria) aya en Peronyel veynte e nueve parroquianos» (1).

Y veintidós años después, en 1374, figura también en la «*Carta de la Pieza de Peroniel, que dexo Ruy*

(1) Archivo de la Parroquia del Espino, de Soria.—Pergamino.

González para su aniversario en San Nicolás» (1). Por esta última nos enteramos de que Ruy González, vecino de Soria, dejó al Cabildo de Clérigos, «perpetuamente, para siempre jamás una pieza que el había en términos de Peroniel, para que cada año le hiciesen un cumplimiento para su alma en la iglesia de San Nicolás, do su cuerpo yase enterrado», el día de San Miguel de septiembre.

Tenía la finca por aledaños de la una parte, casas de la dicha aldea, «de las otras dos partes el camino, el sendero que va de Peroniel a Esteras».

En 29 de abril de 1374, el hijo del donante, Alfonso Ruiz de Villanueva, otorgaba carta de desamparo de la finca, a favor del citado Cabildo de Clérigos «para que fagades de ella e en ella a vuestro talante e voluntad», según dejó dispuesto su padre en el testamento.

Encontramos confirmado su cumplimiento en el *Obituario*, en pergamino, del siglo xv, que se conserva en el Archivo de la Parroquia de Nuestra Señora del Espino (1411-1428), pues al folio 11, dice: «Sant Nicholas. Obiit ruy gonzalez de Villanueva dexo en peroniel una pieça, el oficio faganlo cuando pudiere, el diezmo es de Sant Nicolas».

En los libros de *Parroquianos de Villa* del siglo xvii (2) aparece también la aldea de Peroniel tributando a la capital, así leemos que por los años de 1630 era «entreguera, 29 parroquianos de San Gines igualados: Hay 4 beneficios iguales».

(1) Archivo de la Parroquia de Nuestra Señora del Espino, de Soria.

(2) Archivo parroquial del Espino, de Soria.

Como se ve todavía seguía con los 29 parroquianos asignados en 1374.

En los mismos libros citados encontramos otra nota que dice: «Peroniel: Sebastián de Morales de las Cuevas a San Sadornil. Su hijo Mateo de Morales. Compró la heredad don Antonio de Medrano, a Barnuevo. Ortiz de Alconaba al Espino. Diego Ruiz al Espino».

Dedicada a San Martín su iglesia parroquial, de primer ascenso en los curatos, es espaciosa y capaz, y su airosa torre domina los contornos.

Estaba regulado su curato en 2.783 reales y tenía un préstamo en su iglesia, valorado en 824 reales, que «obtiene D. Nicolás Almagro» y, añade el Plan Beneficial: «me parece útil su agregación al Curato con lo cual valdría éste 3.607 reales».

De las Hojas del *Repartimiento del Subsidio y excusado*, impresas a finales del siglo XVIII, consta que tributaba anualmente el Curato de Peroniel 6.710 maravedís y los Aniversarios al Cura.

Administraba, además, dos capellanías, la de J. Navarro y la de Diego Garcés, una cofradía de los Clérigos y tres *Memorias* de Juan Alvarez, Francisco Morales y Diego de Orduña.

Había en 1880 dos ermitas, la de Nuestra Señora del Socorro y la de la Soledad, pero a finales del siglo XVIII, figuraba otra en las *Hojas del Subsidio*, titulada de San Sebastián, que tributaba al año 665 maravedís.

La relación que figura en las *Hojas del repartimiento del Subsidio* de finales del siglo XVIII es la siguiente:

PERONIEL, curado	6.710
Aniversario al cura	1.170
Capellanía de J. Navarro	1.250
Préstamo colativo	2.085
Fábrica	2.928
Tercero	1.288
Capellanía de Diego Garcés	1.936
Misas de los sábados	765
» de los jueves	462
Ermita de San Sebastián	665
Cofradía de los Clérigos	2.813
Memoria de Juan Alvarez	840
Memoria de don Francisco Morales	3.313
Memoria de Orduña	840
Agregación a la Capellanía de Diego de Orduña.	3.640

Curiosa y original es la costumbre, de tiempo inmemorial, observada en esta villa, de repartir el Ayuntamiento, a los pobres, el día de la fiesta de la Santísima Trinidad, el «pan de la caridad, en cumplimiento de la condición puesta al Concejo por los señores ilustres don Pascual Muñoz de Barnuevo y su mujer doña Cislos, al hacerse la donación de dos dehesas, y un prado en el término de dicho pueblo».

Es, asimismo, la aldea venturosa de Peroniel solar añejo e ilustre de familias y apellidos Barnuevos y Morales, Alonsos y Contreras, Martínez y Garcías, y, por citar algunos, recordamos a Diego de Contreras, e Isabel de Contreras, rica dama toledana, legendarios padres del cautivo enamorado Miguel Martínez de Contreras; y también nos viene a la mente el remoto Juan Martínez Marrón «el fuerte», que escaló en Córdoba el muro (1236), probablemente el más antiguo antecesor de los Martínez y Contreras.

No sé qué encantamiento de leyenda tiene esta linda aldea soriana, para ser escogida como escenario por novelistas y poetas.

Pueblo de hidalgos y señores, fué Peroniel solar de caballeros guerreros y misioneros, cuna de poetas, cautivos y enamorados.

*Llevan espuelas calzadas,
aunque caballo no tienen,*

suele decirse por aquellos campos de Gómara, y a veces, irónicamente, sus convecinos de aldea suelen la frase hiriente de :

*Los hidalgos de Peroniel
que llevan espuelas y van a pie.*

En cambio, su ilustre poeta señor Martínez Liso, hijo del pueblo, al cantar en fervidos versos las proezas del cautivo famoso, devoto de la Virgen de la Llana, dedica a su querido pueblo de Peroniel frases entusiastas y sentidas: «donde es fama secular que fué de cien nobles cuna», y por ello nunca pudo olvidar, aun viviendo en tierras lejanas :

*La escuela donde aprendí
y la iglesia en que recé,
la plaza donde jugué
y la casa en que nací.*

Allí se mecieron, en la diminuta aldea, las gloriosas cunas de dos hijos de la Iglesia, que dieron nombre y fama a su pueblo.

Fuéralo el primero el santo jesuíta Padre Diego Morales de Contreras, profesor que fué del Colegio

de la Compañía en la ciudad de Soria, y que por la escala dolorosa del martirio alcanzó la mejor corona en el cielo, vertiendo su sangre por Cristo en Nangasaqui (Japón), en 1643, cuyo suplicio y tormentos se hallan grabados y explicados en dos lienzos maltrechos que penden colgados en los muros de la iglesia parroquial. Aún se conservan devotamente, en poder de una dama, parienta suya, algunas cartas autógrafas de tan excelso mártir misionero y cuya biografía preparaba con fervor y devoción aquel muy ilustre señor abad de Soria don Santiago Gómez Santacruz. Dios mueva la pluma y el corazón de algún soriano para que saque a luz la portentosa vida y muerte del misionero castellano.

Otro religioso, hijo también de esta aldea, fué el no menos famoso Padre Fray Melchor de Morales, nacido en Peroniel del Campo (Soria), profesor que fué y abad del Monasterio de Benedictinos de Nuestra Señora de Valvanera, y más tarde General de su Orden (1713-1717). Sin duda ninguna, sería próximo pariente del mártir del Japón, pues su apellido lo confirma y sus virtudes serían también rica herencia de los Morales.

Durante su generalato se editó la traducción de *Estudios Monásticos*, del Padre Mabillón (1.^a y 2.^a edición).

Vuelto a su retiro de Valvanera, renunció con firmeza y serenidad las tentadoras dignidades de abad de San Martín, de Madrid, la del Obispado de «Ampurdan» y la de Jaca, a pesar de serle ofrecidas con insistencia.

Con referencia a este linaje de Morales de Contreras he leído en la Biblioteca Nacional de Madrid

(Sección de Varios.=Alegaciones en Derecho), el pleito que sostuvo doña Francisca Morales de Contreras, viuda de Pedro Moreno, vecino que fué de Soria, con el doctor don Francisco Moreno Velázquez, canónigo magistral de Santo Domingo de la Calzada y con los testamentarios y albaceas de su difunto esposo, que se resistían a dar cumplimiento a la cláusula testamentaria siguiente:

«Item digo, y declaro, que del dote que se me mandó con doña Francisca de Morales, mi querida muger, y de la herencia de sus padres, tengo recibido nueve mil cuatrocientos reales, y no he recibido los novecientos ducados que le mandó el señor Joseph de Morales su hermano, y yo entré en el matrimonio hasta diez mil ducados; y por que siempre aya la paz que he deseado, y que mi querida muger tenga lo necesario, mi voluntad es que se le den cuatro mil ducados por razón de dicho dote, que yo he recibido, y mil ducados, en que la doté, y joyas, y por su mitad de bienes gananciales; los quales dichos cuatro mil ducados, se le den en los bienes raizes que tengo hasta oy en Peroniel, por las cantidades que me han costado, y lo restante, en las heredades que he comprado en el Villar, Pozalmuro y Masegoso.»

El defensor abogado de doña Francisca resume su petición y deseos diciendo que «la modestia de doña Francisca digna es de una remuneración tan corta, como la de un poco de plata labrada, en que comió y bebió con su marido, dos mulas, con que se granjeó la hacienda conservada con su industria, una

colgadura, comprada para el adorno de la sala de su principal habitación».

Añadimos aquí, por tener datos interesantes, la nota de los testigos, copiada del citado pleito, que dice lo siguiente:

«Y así está probado concluyentemente por las deposiciones del padre Iuan Escobar, rector de la Compañía de Iesus de la ciudad de Soria, confesor de Pedro Moreno, y quien le asistió hasta que murió desde el primer día que cayó en la cama y con quien comunicó las materias de su conciencia, y voluntad; y de Iuan Collado, vecino de Soria que escriuió la mayor parte del testamento; y es testigo presentado por don Francisco Moreno, y lo dixo assi a la veinte y una pregunta de su interrogatorio y de Ana de Almajano, y Christóbal Garcés, citados del dicho Pedro Moreno, que asistieron antes, y después que otorgó dicho testamento, y todos le oyeron dezir, su ánimo y voluntad, era dexar a doña Francisca su muger, la casa en que viuia, con todo lo que quia en, y para ella.»

Otro dato más que puede interesar para la historia de Peroniel es la noticia de un librito, cuyas cartas van todas fechadas en Peroniel, en 1821, y con el fin de evitar errores de interpretación, doy aquí su reseña.

Cuando publicó don Manuel Blasco, en 1880 y 1909, la primera y segunda edición de su *Nomenclator de la Provincia de Soria*, al hacer la reseña del pueblo de Peroniel se lamentaba de haber llegado a sus manos, siendo aún niño, «un libro de cartas

escritas por un vecino de dicho lugar impugnando la desmembración de algunos pueblos de nuestra provincia para la formación de la de Logroño», pero tal libro no mereció entonces para Blasco la atención e interés que años más tarde hubiera podido valorar, cuando hasta el título tenía ya olvidado.

El libro a que se refiere Blasco es el titulado: «*Cartas satírico-críticas, verídicas del Numantino*» don Camilo Batanero y Tundidor a su amigo y paisano don Valerio Quisquínuelas, en las que se hacen ver los muchos errores clásicos que ha cometido y las más groseras imposturas con que ha querido manciillar don Justo Patricio de España la conducta y exposición de los Comisionados de Soria y toda su tierra, en la carta que ha publicado, como la dirigida a un señor diputado de Cortes, sobre que Logroño y el Burgo de Osma deben quedar por capitales de provincia, privando de esta gracia a la ínclita ciudad de Soria, que la ha obtenido desde tiempo inmemorial.—Madrid.—Imprenta de Collado.—1821».

La obrita consta de 272 páginas y son diez cartas, seguidas de *Breve idea que tiene* el autor y conviene tengan los lectores de estas Cartas, de las «causas que motivaron la siguiente exposición y de las circunstancias y premura en que la formaron los Comisionados».

Va firmada la exposición, dirigida al Augusto Congreso Nacional, por don Manuel Casildo González y don Joaquín Tutor y Balzola, apoderados de la Diputación Provincial y Ayuntamiento Constitucional de Soria (Madrid, 19 de marzo de 1821).

Sigue la «Breve contestación» que dió el comisio-

nado don Joaquín Tutor a la carta de don Justo Patricio de España. Madrid, 24 de junio de 1821.

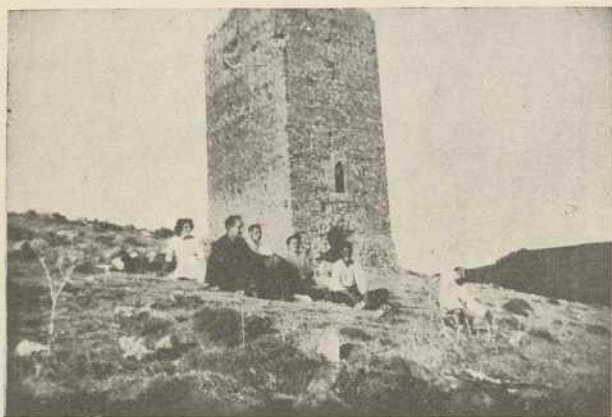
Citamos aquí este rarísimo y original librito, para muchos desconocido, porque las cartas del Numantino están fechadas en Peroniel, del 23 de junio al 20 de julio de 1821, no obstante estar el librito impreso en Madrid y las exposiciones y respuestas finales firmadas también en Madrid; pero nada tiene que ver con el pueblo de Peroniel, pues solamente debió tomarse como lugar semiimaginario, como el nombre de su autor don Camilo Batanero y Tundidor, seudónimo probable de cualquiera de los dos Comisionados de la Diputación de Soria, ya fuera don Manuel Casildo González y acaso, sin equivocarme, el verdadero autor fuese Joaquín Tutor y Balzola, pues los apellidos conservan la letra inicial en Tundidor y Batanero.

DESPOBLADO DE LA PICA

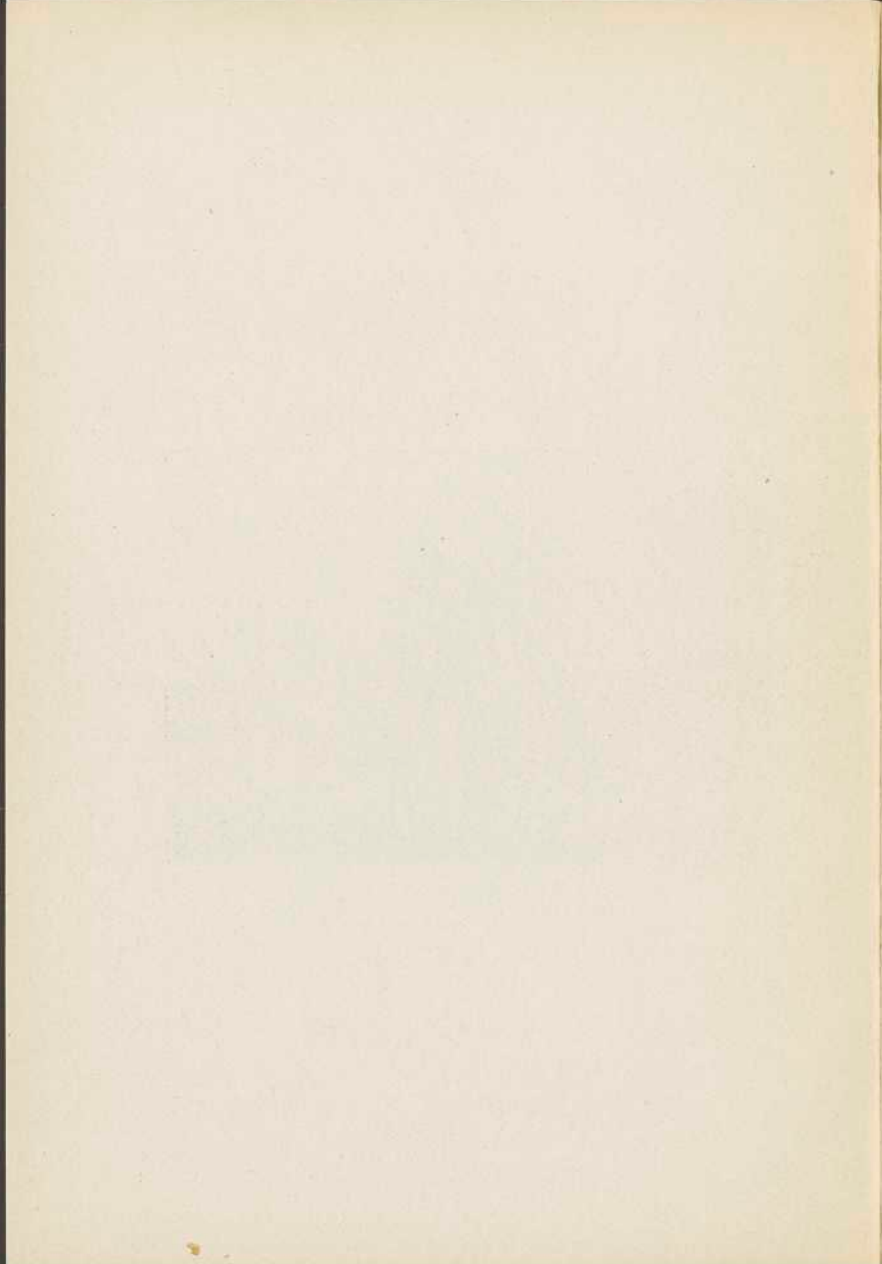
Como el compañero de caza de Ibo Alfaro, narrador fiel de los hechos novelados por éste en *La Cruz de los dos amantes*, refiere en su charla que un pastor «había visto cruzar (a altas horas de la noche), por el camino que conduce al Castillo de la Pica, un coche tirado por cuatro mulas y, además, seis manebos montados en bien enjaezados caballos», que trasladaban a la joven Blanca, del castillo de Pero-niel al de La Pica, habremos de decir algo acerca de este desaparecido pueblecito, pero poco o casi nada de su «castillo feudal», pues nunca lo fué sino una recia atalaya de señales, vigilante peregrino de aquellos valles.

Entre los pliegues de la pelada sierra de La Pica, metida en el fondo de un profundo barranco, que forman cuatro inmensas cordilleras de la montaña, se puede dar con los restos de una diminuta aldea, gracias al enhiesto torreón colocado en punto estratégico, avizorando a sus compañeros de Castellanos. Aldealpozo y Masegoso.

Apenas quedan en pie los muros ruinosos de su antigua iglesia y las dependencias modernas, también derruidas, de lo que dan en llamar palacio de los Marqueses, o de los Saravías.



Torreón secular de La Pica.



Una borbotona fuente, bien asentada con sillares robustos, deja escapar el agua cristalina que marcha riendo, a espaldas de tantas ruinas, en busca de las vegas del río Rituerto.

Su parroquia fué aneja de Tajahuerce hasta finales del siglo XVIII y tributaba, por subsidio, en unión con Tajahuerce, 11.498 maravedís, y, además, su fábrica abonaba otros 239 maravedís.

Ya existía este pueblecito en 1374, pues lo encuentro citado en la *Sentencia arbitral del pleito entre los Clérigos* de las aldeas con los de la ciudad de Soria, en esta forma: «Santa María de Barrionuevo aya en La Pica seys» parroquianos, que tenían que tributar a la citada de Soria.

A finales del siglo XVIII debió quedar abandonada y despoblada, pasando la documentación y libros parroquiales a guardarse en el Archivo de la parroquia de Tajahuerce, así como las imágenes, altares y objetos de culto fueron también a parar a la iglesia de ésta.

Al revisar hace poco los libros, en el citado Archivo de Tajahuerce, encontré una interesante nota sobre el coste del retablo de la iglesia de La Pica, que fué de 1786 reales, pagados a Constantino del Castillo, pintor, y autor también de los altares de La Cuenca y La Mallona, hacia el año de 1610. Tasadores del altar de La Pica fueron Bartolomé de Avila y Pedro Jiménez de Santiago, pintores de Soria.

Esta diminuta aldea, desaparecida como tantas otras de la provincia, ha merecido la atención de un investigador de allende los mares, el ilustre don Carlos J. Larrain, de la Academia Chilena de la His-

toría, quien, en dos interesantes trabajos, da noticias de los señores que disfrutaron el coto redondo de La Pica, se titula así:

La torre de La Pica y el señorío de Almenar, publicado en el *Boletín* de la Academia Chilena de la Historia, núm. 25, abril-junio 1944.

El otro, más reciente, es: *El castillo de Almenar y el marfil del mayorazgo Irarrazábal* (S. 1., Santiago de Chile). Impr. Universitaria, 1952, 16 pág., con cuatro láminas, 26 cm.

No he tenido la suerte de leer esos dos trabajos tan interesantes para este asunto, y únicamente puedo sacar algunos datos de ellos a través de la reseña que mi compañero y amigo don Antonio Pérez-Rioja, publicó en *Celtiberia*, núm. 5, 1953, pág. 162-164.

Como antecesores de los «Saravias», nos da el autor chileno a Hernán Bravo de Lagunas, «el viejo», primer señor de Almenar, casado en Soria, con Catalina Rodríguez de San Clemente, del linaje troncal de los Chancilleres.

Le fué concedido el Señorío de la villa, castillo, dehesa y molinos de Almenar por el rey Juan II de Castilla, en 1430.

Al fallecer en 1443, heredó el Señorío, en 1452, su hijo Hernán (de los cuatro que dejó), apodado «el Mozo» y «el Tuerto».

La hija de éste, Juana Bravo, heredó el Señorío y casó con Jorge Beteta, alcaide del Castillo de Soria, pero al fallecer, sin hijos, en 1481, doña Juana, pasó el castillo de Almenar y seguramente también el de La Pica, a su tía Beatriz Bravo de Lagunas, casada con el capitán Juan de Saravia, regidor de Soria. El primogénito de éstos, Hernán, como su

abuelo materno, heredó Almenar y Señorío, pasando después a su hija Ana Bravo de Lagunas.

Casada ésta en 1526 con Antón del Río y Salcedo, fundaron ese Mayorazgo con la villa de Almenar, pero un bisnieto de éstos D. Francisco López del Río, alférez mayor de Soria, señor de Gómara y de Almenar, fallecido en 1623, sin sucesión, anuló en testamento el Mayorazgo fundado por su bisabuela Ana, cuyas cláusulas exigirían, sin duda, la legitimidad de los pretendientes, y fundaba, en cambio, D. Francisco, otro con el fin de que recayera en su pretendida hija natural, reconociéndola como tal y a condición de que heredaría el Mayorazgo si se casaba con su sobrino Antón del Río y Rodero.

Por aquel entonces residía en Chile, hacía más de medio siglo una rama del linaje de Bravo de Saravia: don Melchor Bravo de Saravia y sus descendientes legítimos eran expresamente llamados por su prima Ana Bravo de Laguna, a disputar el Mayorazgo de Almenar, en el caso de que se agotara la línea legítima de su hija doña Juana del Río, pues el nieto de D. Melchor (el de Chile), llamado Jerónimo Bravo de Saravia, presentó querella y ganó el pleito por intervención de su apoderado en Madrid, su cuñado, padre jesuita Alonso de Ovalle, el historiador, recuperando el Señorío de Almenar y el de La Pica.

Al posesionarse el Padre Ovalle del castillo de Almenar y heredades de La Pica, ya había fallecido su cuñado, hacía un año, en Santiago de Chile, y los Señoríos y Mayorazgos hubieron de pasar a su único hijo Francisco Bravo de Saravia y Ovalle.

Este fué un personaje de gran relieve y fortuna,

quien alcanzó del rey Carlos II, en 16 de julio de 1684 el título de primer marqués de La Pica y señor de Almenar.

Solamente tuvo un hijo varón llamado Jerónimo, y debió fallecer antes que su padre, puesto que heredó el título de Marquesado, Mayorazgos y Señoríos de España, así como riquísimas posesiones en Chile, su nieta doña Marcela Norberta Bravo de Saravia, segunda marquesa de La Pica, quien casó con su primo hermano Antonio de Andía-Irarrazábal y Bravo de Saravia y ambos fundaron un Mayorazgo (1728).

Pasó el título a su hijo don Miguel de Andía-Irarrazábal Bravo de Saravia Iturrizarra, tercer marqués de La Pica y señor de Almenar. El hijo de éste don José Santiago Andía-Irarrazábal y Portolés, nacido en 20 de julio de 1734, fué el cuarto marqués de La Pica y señor de Almenar.

El escritor chileno citado nos da noticias interesantes sobre el *Marfil de la Flagelación del Señor*, propiedad del Mayorazgo de los Irarrazábal, y supone don Carlos J. Larrain que estuvo en el castillo de Almenar, *Sala del Santo Cristo de la Flagelación*. Desde 1939 lo posee en Chile D. Fernando Irarrazábal Fernández.

Aún queda en los muros de la ruिनosa fachada de lo que fué casona o palacio de los Saravias, en La Pica, un escudo de armas.

El quinto marqués fué el hijo de éste D. Miguel Antonio Andía-Irarrazábal y Cajigal, nacido en 1767, y el sexto, Fernando Irarrazábal Fernández-MacKenna y Bascuñán. Debió de perderse el derecho al título, ignoro cómo fué, en 1913.

EL NOVELISTA IBO ALFARO

No voy a repetir aquí la biografía de este escritor, buen cerverano y entusiasta escritor de novelistas rurales, pues ya lo hice al dar a la estampa, en reciente edición, la sentida y conmovedora leyenda de *La Virgen de la Llana y el Cautivo de Peroniel* (Madrid, 1944), pero sí recordar sus largas excursiones por este rincón soriano de Almenar, Peroniel, Vegas del Rituerto y sus incansables cacerías por la sierra de La Pica, del Almuerzo y del Madero, campos de Arabiana, de Gómara, pues fué donde, sin duda alguna, en sus ratos de ocio y descanso, charlando con sus inteligentes labriegos, de manos de la fantasía forjó aquellas lindas novelitas, regalo y solaz de aldeanos y paisanos.

Hasta seis libritos, de ambiente soriano, dió a la estampa el novelista cerverano Manuel Ibo Alfaro, y fueros éstos:

La cruz de los dos amantes (1858), que es ésta que reeditamos, cuyo asunto se desarrolla en Peroniel y en el castillo del despoblado La Pica.

El fantasma de Masegoso (1856), en la que se relata la trágica desaparición del lugar soriano.

La Hermana de la Caridad (1885), cuyos personajes son del pueblo de Cortos, y en él comienza la acción novelesca.

El tulipán florido, *El jardín del bello sexo* (1860). Novelita comenzada en Aldealseñor y finalizada en Madrid.

La Virgen de la Llana y el cautivo de Peroniel (1860). Leyenda emocionante, novelada en la villa de Almenar y Peroniel.

Una lágrima sobre las ruinas de Numancia (1860). Escarceo literario y elogio de la ciudad heroica.

Con el fin de que mis paisanos y amigos, amantes y celosos de nuestras viejas y heroicas tradiciones lugareñas, puedan saborear algunas de las novelitas de Ibo Alfaro he creído oportuno y acertado sacar a luz nuevamente esta de *La cruz de los dos amantes*, y a continuación saldrá la de *El fantasma de Masegoso*, en la seguridad de que ha de gustar ver en letras de molde lo que nuestros abuelos nos contaban en largas trasnochadas del crudo invierno agredano.

Y aquí viene la novela; «cuento tradicional» la titula su autor, soñada y redactada con sentimiento y amor, sobre el sencillo escenario de apacible aldea y el torreón desportillado de otra, su vecina, ya «desarraigada».

Peroniel y La Pica, dos nombres eternizados por la pluma romántica del cerverano.

Va dedicado el «Cuento tradicional», «a su querido primo don Baldomero González del Campillo» y fué impreso en Madrid, en 1858, casi ya hace un siglo. Se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional. Sección de Varios.

LAS CUATRO CRUCES DE PERONIEL

De tiempo inmemorial, el pueblecito estaba limitado por cuatro cruces, en los cuatro puntos cardinales de sus ejidos, según costumbre prodigada también en muchos pueblos de Castilla, signo fehaciente de su fervor religioso, y lugares destinados como humilladeros donde iban rogativas, procesiones y letanías, bendición de campos, *viacrucis* y rosarios de devotas y ancianos.

Velando la tímida aldea, en Peroniel, las cuatro cruces se hallaban: una en la ermita de Nuestra Señora del Socorro, otra en Carramonte, otra en Carrasoria y la de la Tejera. Estas dos últimas fueron trasladadas al atrio de la iglesia parroquial por disposición del señor alcalde don Ventura Blasco, de acuerdo con el párroco, don Galo García Corchón, natural de Pozalmuro, por los años de 1890 al 1896, para colocar, en medio de ellas, la cruz misional que los PP. Pasionistas dejaron como recuerdo de las misiones dadas en el pueblo por aquellos años.

El novelista don Manuel Ibo Alfaro, «amante del tiempo que pasó», siempre iba en busca de misterio-

sas ruinas, y apasionado de la soledad, marchó por bosques, por montañas y por valles, donde pudo ver «cuán dulce y cuán sencillo se despliega el amor en esas humildes aldeas y en esos pintorescos valles».

Aquella afición imperiosa hacia la soledad le hizo, «por una consecuencia muy lógica, aficionado a la caza», y así pudo encontrar al enamorado zagal con sus cabras, en una mañana del placentero mayo, sembrando los aires con las melodías de su zampoña, y a la linda zagala, sentada sobre alfombra de lirios y violetas, coqueteando sus gracias en las aguas de cristalina fuente, y oír cantar al alcaraván, trinar las golondrinas, correr al ciervo y escuchar el tremendo mugir del jabalí en la espesura del bosque.

Así pudo captar en este ambiente aquellas escenas de amor cándido e inocente, aquellas novelitas encantadoras, espejos de sencillez y de santas pasiones, de amores tiernos y limpios como los capullos de los lirios de sus praderas.

En dos pinceladas gráficas nos presenta Ibo Alfaro a los enamorados protagonistas.

Arturo, «gallardo fresno que crece robusto a la orilla de la fuente»; con el oro que bordaba su ropa dominguera «se podría comprar una buena manada de yeguas».

La hermosísima Sofia, era «el pájaro sin alas, paloma sin hiel, angel aparecido», según piropos de aquellos aldeanos.

«Lánguida como los lirios del arroyo, flexible como los juncos de la fuente y dulce como el primer resplandor de la aurora», según frases del autor de la novela.

Y nos habla del anciano hidalgo don Nuño, reli-

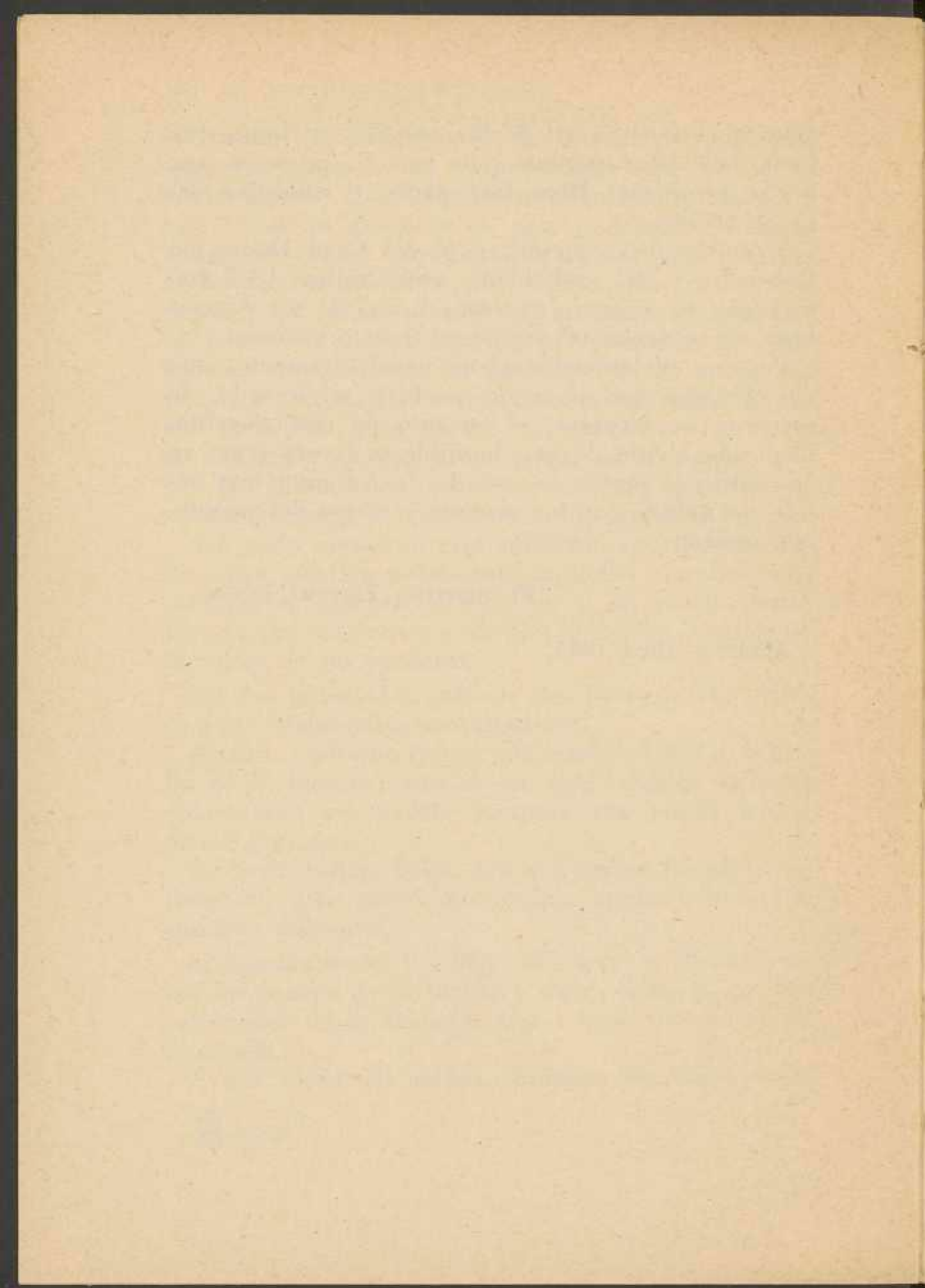
gioso y caritativo, «el de las espuelas de oro», que tenía una jaca andaluza, un par de galgas y una buena escopeta». Dignísimo padre y educador del joven Arturo.

Y del sombrío garzón, paje del Gran Duque de Bohemia, y del endiablado secuestrador de Sofía, marqués de Smirch, suicida, al fin, de un pistoletazo, en revancha tal vez de su fracaso amoroso.

Pero no adelantemos relatos prematuramente, sino que dejemos que el lector pueda ir saboreando, de sorpresa en sorpresa, el encanto de esta novelita, inspirada al pie de una humilde y devota cruz, en una tarde de junio, después de dar su autor una batida de liebres por los campos y cerros del pueblecito soriano.

FLORENTINO ZAMORA LUCAS.

Madrid, abril 1955.



La Cruz de los dos amantes

CUENTO TRADICIONAL

por

DON MANUEL IBO ALFARO

dedicado a su querido primo

D. BALDOMERO GONZALEZ DEL CAMPILLO

MADRID, 1858

Imprenta de Don Zacarías Soler

Arco de Santa María, 28

THE COLLEGE OF THE SOUTHERN

UNIVERSITY OF THE SOUTH

OF THE SOUTHERN

UNIVERSITY OF THE SOUTH

OF THE SOUTHERN

OF THE SOUTHERN

OF THE SOUTHERN

OF THE SOUTHERN

OF THE SOUTHERN

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES

CUENTO TRADICIONAL NOVELADO POR

MANUEL IBO ALFARO

Hermosas lectoras: No en todas partes se disfruta esa vida de pompa y boato que forma las delicias de vuestra alma pura.

No son los pabellones, las lámparas, los fanales, las alfombras y los maceteros los únicos objetos que encantar pueden un corazón sensible.

Hay también sobre la tierra imponentes desiertos; hay también sombríos valles, elevadas montañas; hay humildes aldeas; hay misteriosos bosques..., y el infeliz plebeyo que habita en una choza, y el salvaje que vibra su saeta entre el crujir de las palmeras, y la encantadora zagalita que, hollando con su lindo pie las margaritas de la pradera, abandona su rebaño a apacentar en las orillas de cristalino arroyo, también sienten las delicias y las amarguras del amor, del mismo modo que vosotras las sentís, porque las pasio-

nes no necesitan para germinar otro campo que el corazón del hombre, y dondequiera que exista el hombre, allí están las pasiones hirviendo en su corazón.

Yo, que amante del tiempo que pasó, siempre he andado en busca de misteriosas ruinas; yo, que apasionado de la soledad, siempre he vagado como los hijos del Cedar, por bosques, por montañas y por valles; yo he visto cuán bello, cuán dulce y cuán sencillo se despliega el amor en esas humildes aldeas, y en esos pintorescos valles, que vosotras, hermosísimas lectoras, estáis quizá bien distantes de haber pisado aún.

Yo he visto al enamorado zagal abandonar sus cabras al acaso en una mañana del placentero mayo, para encaramarse aéreo sobre la cumbre de elevada sierra, y trasmitiendo al labio los tiernos sentimientos de su corazón, llenar los aires con los ecos melodiosos de su zampoña.

Yo he visto también a la zagala, que sentada en alfombra de lirios y violetas, contemplaba sus gracias en las nítidas aguas de cristalina fuente, estremecerse al absorber el encantado silfo de aquella zampoña; levantar al cielo sus ojos apasionados y correr por sus mejillas una lágrima clara, semejante a las gotas de rocío desprendidas del velo matinal en las primeras auroras del verano.

Yo he presenciado con envidia estas escenas de amor cándido e inocente; y mientras las presenciaba he oído cantar al alcaraván, trinar a la

golondrina; he visto correr al ciervo, y he escuchado el tremendo mugir del jabalí.

Pero, lectoras, ¿hay acaso algún pueblo sin tradición? ¿Ha existido, por ventura, algún lugar en que el hombre que murió no haya legado al hombre que ha de venir un hecho más o menos importante, tal vez más o menos curioso, que a excitar valga todo su interés?

Esas cuevas profundas que descubren los ojos del viajero en el seno de elevadas montañas; esas cruces carcomidas, plantadas en los valles; esos arruinados castillos de aspecto melancólico y sublime, son la voz de una generación que pasó; son las severas páginas donde están escritas, con invisible mano, mil historias separadas de nuestra vista por el tupido velo de los tiempos.

¡Loor..., mil veces loor a la santa lira de aquellos vates antiguos que pisando las viles pasiones de su siglo, dedicaron el eco de sus cuerdas a cantar a las generaciones que los escuchaban las glorias de las generaciones que concluyeron ya!

La afición imperiosa que me ha dominado siempre hacia la soledad, me ha hecho, por una consecuencia muy lógica, aficionado a la caza; y la afición a la caza me ha proporcionado el placer de referirte hoy, querida lectora, la melancólica historia de *La Cruz de los dos amantes*, digna

tradición, por cierto, de ser cantada en los sonoros versos del Dante o de Racine; pero que yo voy a referirte en los mismos términos que la escuché de los rústicos labios de un aldeano.

.....

Expiraba una tarde de junio, y después de haber empleado el día mi compañero y yo en dar una batida de liebres, nos dirigimos rendidos hacia Peroniel.

—¿Será oportuno que nos sentemos un momento antes de entrar en la aldea?—dije a mi compañero.

—Nos sentaremos en la Cruz de los dos amantes—me respondió éste.

—¡Qué nombre tan misterioso!—exclamé yo.

—¿No sabe usted la historia de esa cruz?—me preguntó.

—No sé nada—le respondí.

—Pues vamos a sentarnos en sus gradas—repetió—, y si a usted no le molesta mi pesada conversación, le referiré a usted, por vía de pasatiempo, esa historia.

—Lejos de molestarme, amigo mío, tendré una gran complacencia en escucharla; a mí me seduce todo lo antiguo, en términos que, para mi alma, lo que existe no encierra más halago que la terrible esperanza de que algún día dejará de existir.

Mi compañero me miró con cierto aire de sor-

presa, y ambos nos dirigimos avanzando en la marcha, cuanto nuestra fatiga nos permitía, hacia la Cruz de los dos amantes.

Es Peroniel una aldea de 40 a 50 vecinos, que nace en el lomo de una suave colina, plantada en el corazón de las espesas sierras de Soria.

Rodean a la aldea, por sus cuatro costados, deliciosas praderas de blancas margaritas y encarnados ababoles, donde el anciano pastor o la tierna zagala escuchan con placer el mugido de sus vacas, que entre la espesa hierba buscan la hierba mejor.

Nacen más allá de estas praderas frondosos bosques de jóvenes robles; y el aldeano ve terminar su horizonte, que nunca osó traspasar, por un diáfano velo que en ondas azules recortan las festonadas copas de mil añosas encinas.

Peroniel, como todas las aldeas de la nación española, conserva una fe sincera a su Dios, fe que expresa erigiendo ermitas por doquiera, y por doquier plantando misteriosas cruces; símbolo glorioso de un sacrificio eterno, único consuelo de un corazón dolorido, esplendente faro que conduce al mortal a puerto de salvación entre las borrascosas tempestades de la vida.

Peroniel tiene cuatro cruces en sus ejidos, velando a la tímida aldea de todo espíritu malo por sus cuatro vientos; pero la cruz más importante para sus vecinos es la conocida con el nombre de *La Cruz de los dos amantes*.

Este dulce nombre es el primero que pulula

en los balbucientes labios del niño de la aldea; este nombre es el que pronuncia con más devoción la zagala; este nombre es el que el anciano murmura junto al fuego, cuando quiere recordar los días bellos de su perdida juventud.

Y sin embargo, la Cruz de los dos amantes nada tiene de particular en su forma ni en su construcción: es de piedra labrada, y se levanta sobre tres gradas también de piedra, en medio de los prados más inmediatos al pueblo.

Junto a la Cruz pasa hoy la carretera que conduce a Madrid, cuya carretera fué en otro tiempo camino de herradura, por el cual sólo con mucha dificultad podía marchar un coche.

Pues bien, lectoras; me dirigía impaciente a la Cruz de los dos amantes, guiado por mi compañero; y a fuer de importuno, os diré, por no callar nada, qué mi compañero era un anciano de Peroniel que contaría sobre cincuenta años: parecía grave, formal, muy juicioso, y, como todos sus paisanos, vestía calzón, chaleco y chaqueta sin cuello, todo de paño pardo; albarcas con polainas de vaqueta, y una montera de zorra, que servía de rústica diadema a su larga y venerable cabellera blanca.

Cuando ambos llegamos a la Cruz, nos limpiamos el sudor con el puñuelo, nos quitamos los morrales y polvorines que colocamos a guisa de cazadores entre la baqueta y el cañón de las escopetas; dejamos éstas en el suelo, y nos sentamos en la primera grada de la Cruz.

Los perros se tendieron fatigados a nuestros pies.

En aquel instante comenzaba el momento más sublime del día: el sol ocultaba su disco con el horizonte de las añosas encinas; y al despedirse de los campos doraba con su melancólico rayo el campanario de la aldea; los rebaños de ovejas y de cabras volvían balando a sus establos; la golondrina piaba al rozar con su vuelo la hierba de los prados; la alondra trinaba, remontándose a los aires; las chimeneas comenzaban a humear; el esquilón de la parroquia tocaba a oraciones; la naturaleza entera iba cediendo a un apacible sueño; y un cielo azul festonado de espumosas nubes velaba aquel sueño.

—Esta es, señor—me dijo mi compañero—, la Cruz de los dos amantes.

Yo la contemplé un instante absorto. El momento era el mejor para contemplar aquella Cruz. Sola, inmóvil y silenciosa había atravesado los siglos... algo grande habían hecho en ella los hombres que murieron, cuando tanto la veneraban los hombres que vivían.

—Esta es la Cruz de los dos amantes—repitió mi compañero—: Ella es el consuelo de la aldea. Nuestros abuelos nos decían que mientras esta Cruz se levante aquí no asolará nuestros campos una mala nube, ni el rayo abrasará nuestras mieses, ni la peste dejará desiertas nuestras chozas. Por esto, señor, cuando el labrador sale por la mañana al cultivo de sus tierras, se santigua al

pasar delante de esta Cruz; por eso el pastor cuando por la tarde regresa a su majada, se quita reverente la montera, y reza un *Padrenuestro* ante esta Cruz; por eso el zagal toca con su zampoña, junto a estas gradas, las cantinelas más tiernas que le enseñaron sus padres; por eso la zagala recoge en la mañana las violetas y siempre más frescas del arroyo, y adorna con ellas este sagrado monumento. Nuestros antiguos nos decían que esta Cruz tan tosca que usted ve, encierra una virtud oculta que consigue del cielo cuanto el humilde pecador pida por ella con devoción. Lo cierto es, señor mío, que nunca dejó Dios sin consuelo a la viuda que vino a verter lágrimas en estas gradas; que nunca abandonó a la casada que la invocó en el terrible momento del parto, y en tiempo de sequía nunca ha regresado la rogativa de esta Cruz a la aldea, sin que abundante lluvia fecundice los campos. Esta Cruz es, como ya dije a usted, el consuelo, es el patrocinio de nuestra aldea.

—¿Y a qué atribuyen ustedes esa virtud?—le pregunté yo.

—¡Ay, señor!—me contestó—; eso se lo dirá a usted el cuento.

—Pues comience usted—repliqué—, porque ya siento vivos deseos de poseer la historia de esta Cruz.

—Voy a complacer a usted—repuso mi compañero.

Y recogiendo el aliento, comenzó de este modo

en medio del apacible silencio y seductora calma que nos rodeaban:

—Allá..., en tiempos muy remotos, en que según nos referían nuestros antepasados, gobernaba la España el rey don Felipe V, primero de los Borbones, nabitaba una de las mejores casas de Peroniel un anciano hidalgo, llamado don Nuño el de las espuelas de oro. Y en verdad, señor mío, que la casa que ocupaba don Nuño era digna morada de un hidalgo, porque se distinguía de todas las demás por su grande fachada, por sus erguidas ventanas, por sus rejas de hierro terminadas en lanzas de bronce, y sobre todo por el escudo de piedra, con una espuela dorada en su centro, que había esculpido sobre la puerta principal.

Era don Nuño un señor de cincuenta a sesenta años, en extremo honrado, religioso y caritativo; según refiere el cuento, tenía una jaca andaluza, un par de galgas y una buena escopeta; lo cual nos hace creer que aquel señor era en extremo aficionado a la caza. Era, además, dueño de grandes haciendas, y una parte de las cosechas que recogían en su heredades, después de pagar los diezmos y primicias a la Iglesia de Dios, la repartía entre los pobres, por cuyas buenas obras, según refieren nuestros abuelos, jamás mala nube destruyó los campos del hidalgo de Peroniel; ni podía ser lo contrario, porque además de todos estos actos de caridad que ejercía en la recolección de las cosechas, tenía dada orden a sus cria-

dos de que jamás despacharan sin limosna al pobre que se acercase a sus puertas; porque, «la limosna—repetía don Nuño con frecuencia—es un capital que se pone a rédito en manos de los ángeles, el cual ha de producirnos ciento por uno en otro mundo más perfecto que el que ahora habitamos». Estas máximas de don Nuño son muy buenas, ¿no le parece a usted, señor mío?—me preguntó mi compañero.

—Son el último grado de la perfección de nuestra alma—le respondí yo—; son el verdadero fundamento de la religión de Cristo; la caridad es la virtud más bella que adornar puede nuestro espíritu; es el aroma más suave que puede perfumar nuestro corazón; el pobre no tiene derecho para robar al rico, es verdad, pero el rico tiene la obligación moral de darle al pobre, porque nadie tiene derecho a lo superfluo, cuando otro carece de lo necesario. «La limosna que diereis a los pobres me la daréis a Mí», esto dijo el Hijo de Dios; el que dió los bienes a los ricos, la paciencia a los pobres; el que dió las diademas a los reyes, al sol los resplandores; el que alumbró con estrellas el firmamento.

—Es verdad — contestó gravemente el aldeano—; por eso don Nuño vivía tan feliz, tan respetado de todo el pueblo y comarcas vecinas, y tan querido de su hijo, porque ha de saber usted que por la época en que comienza esta historia don Nuño tenía un hijo de veinte años, que se llamaba Arturo.

Arturo en nada desmentía la buena y santa educación que había recibido de sus padres; pero quisiera, señor, que usted hubiera oído de boca de nuestros ancianos la hermosa pintura que hacían de este joven.

Contaban, señor, que Arturo era ni más ni menos que el gallardo fresno que crece robusto a la orilla de la fuente.

Decían que era alto, pero con cierta languidez; que su rostro era sumamente amable; que su mirada era expresiva, aunque dulce, y que su negro bigote iba siempre retorcido en dos graciosas puntas, y su negra cabellera peinada en bucles.

En cuanto al traje, nada diré a usted yo, porque no recuerdo los nombres tan extraños de las piezas que lo componían, pero aseguraba mi abuelo que con sólo el oro con que iba bordado el de los días de fiesta, se podía comprar hoy, sin duda alguna, una buena manada de yeguas.

Yo me sonreí al escuchar tan rústico símil, pero mi compañero continuó muy entusiasmado en su narración.

—Causaba admiración la arrogancia con que Arturo se embozaba en su bohemio de terciopelo negro; la gallardía con que la pluma temblaba sobre su ancho sombrero y la donosura con que asomaba la punta de la espada por el borde del bohemio.

Para no hacerme molesto en mi relación, le diré a usted, caballero, en pocas palabras, que Arturo

iba a cumplir veinte años; que tenía un corazón noble; y un joven de veinte años y de noble corazón es imposible que no rinda sus sentimientos al influjo poderoso del amor.

—¿Arturo amaba?—me apresuré a preguntarle.

—¿Y por qué no había de amar?—contestó el anciano, con la voz de la naturaleza—. ¿No aman los alcaravanes en el valle? ¿No aman los corzos en el bosque? ¿No aman los zagales en el monte? Pues ¿por qué no había de amar el gallardo Arturo, que era tierno como lo alcaravanes, fogoso como los corzos e inocente como los zagales en su aldea?

—Pero ¿a quién amaba Arturo?—le repliqué yo—, los hidalgos han sido, por lo común, orgullosos; entre el noble y el plebeyo han visto siempre un valle impenetrable. D. Nuño, que a no dudarlo estaría nutrido con estas rancias ideas, no podría permitir que el único vástago de su estirpe, ni aun siquiera pensara en mezclar su sangre con la de una zagala.

—Es verdad—me interrumpió mi compañero con énfasis.

—¿Había acaso en la aldea una mujer digna de Arturo a los ojos de don Nuño?

—Y muy digna—contestó mi amigo con aire de triunfo.

Esta contestación selló mi labio, pero encendió en mi pecho la curiosidad.

—¿Ve usted aquel castillo arruinado que aún se levanta majestuoso en medio del pueblo?—pro-

siguió mi compañero, volviéndose con dignidad, y tendiendo el brazo hacia Peroniel.

—Lo veo—contesté yo—; parece el cetro quebrado de un rey gigante que murió, o el monumento fúnebre de una generación gloriosa que concluyó.

—Pues ese cetro quebrado, o ese monumento fúnebre, como usted lo llama, en el que sólo podemos nosotros contemplar algunas murallas mustias y solitarias que los siglos han respetado, y donde las palomas silvestres o el águila depositan su nido, fué un tiempo un magnífico castillo, cuyas ventanas descubrían ricas colgaduras de seda y terciopelo, cuyas escaleras eran de mármol bruñido, y cuyas cámaras estaban adornadas con alfombras traídas del extranjero; con tapices de terciopelo carmesí en las paredes, con lámparas de plata en los techos, con mesas, con sillas doradas, con jarrones de flores, con todo lo más bello y más costoso que la imaginación del hombre puede concebir. Pues este castillo, que santiguándose de admiración, decían nuestros abuelos que más parecía palacio de reinas moras encantadas que castillo de mortales habitado, ¿sabe usted quién lo ocupaba?

Yo me encogí de hombros.

—Lo ocupaba la hermosísima Sofía, llamada por los habitantes de la aldea, y por los pastores de la comarca, «el pájaro sin alas, la paloma sin hiel, el ángel aparecido...».

—¿Y Sofía era la joven a quien amaba Arturo?—pregunté yo admirado.

—Ni más ni menos — contestó mi compañero—: Sofía era a quien amaba Arturo con más amor que el ave enjaulada ama la libertad; con más amor que el ciervo sediento ama a las cristalinas aguas de la fuente; y el señor hidalgo don Nuño, aunque apreciara mucho la nobleza de su sangre, como usted mismo ha dicho antes, y en mucha estima tuviera la dorada espuela de su escudo, bien satisfecho se encontraba de estos amores, porque como anciano ducho y hombre entendido que era, aunque con nadie ni aun con su amigo el señor cura hablaba de semejante asunto, ya que comprendía él, en sus adentros, que circulaba por las venas de Sofía sangre azul, y que muy alta y aun a reyes allegada, debía ser la estirpe de donde aquella joven descendiera.

—¡Pues qué!—le pregunté yo—, ¿no se conocían el origen ni la descendencia de esta niña?

—¡Qué han de conocerse!...—me contestó con énfasis mi compañero—; cabalmente, ahí está lo misterioso del cuento.

—Pues, ¿cómo apareció en Peroniel?

—Como la codorniz aparece en primavera; como la primera flor abre su pimpollo entre los vales. Tenga usted un poco de paciencia, y escuche usted el cuento tal como mi abuelo me lo contaba a mí.

—Ya escucho, y con satisfacción—le respondí—. Porque ha llegado a excitar mi curiosidad.

Entonces mi compañero, después de toser para tomar aliento, y reclinando la espalda en la segunda grada de la cruz de piedra, continuó:

—Las ruinas de ese castillo estaban convertidas entonces en un magnífico palacio, y en este lujoso palacio vivía la encantadora Sofía, con un caballero anciano y grueso que pasaba por tío suyo, y con varios criados y doncellas, que la servían.

Si gallardo y elegante pintaban nuestros abuelos al joven Arturo, muchos más elogios hacían al ocuparse de Sofía; asegura la tradición que tenía dieciocho años, es decir, dos menos que el hijo de don Nuño; que era lánguida como los lirios del arroyo, flexible como los juncos de la fuente, y dulce como el primer resplandor de la aurora. Los antiguos no encontraban expresiones propias para pintar las gracias de su rostro, ni el brillo de sus ojos negros, ni sus dientes blancos como el rocío, ni sus cabellos lustrosos como el ala del cuervo; pero decían que sus sentimientos eran los de un ángel, y que no menos que Arturo se complacía en socorrer al desgraciado, por cuya cualidad y por no conocer nadie su origen, la llamaban los aldeanos, como indiqué a usted, «el pájaro sin alas, el ángel aparecido».

Por este tiempo, Arturo amaba ya con delirio a Sofía, y Sofía a Arturo; nunca el uno se veía en parte alguna sin el otro; si por los ejidos se descubría paseando a Arturo, en seguida aparecía junto a él la hermosa Sofía, arrastrando por las margari-

tas de la pradera su larga falda de seda blanca. Si envuelta en negro velo entraba Sofía en misa, antes de llegar a la pila del agua bendita le presentaba Arturo, que allí se hallaba como por encanto, la mano mojada para rendirle aquel homenaje; y por la noche, cuando los aldeanos descansaban en sus humildes cabañas de la fatiga del día, el hijo de don Nuño, pulsando su laúd con maravilla, cantaba tiernas trovas de amor, que la joven misteriosa escuchaba desde su lecho de damasco.

Nadie hablaba en la aldea del futuro matrimonio de estos dos dichosos jóvenes, porque era una cosa infalible para todos, y tan asentida por todos, que como en ella no cabía duda alguna, jamás les había ocurrido el afirmarla.

Parecía, señor, el amor de estos dos jóvenes un arroyo cristalino, que naciendo en la fuente de la inocencia, se deslizaba blando por las flores de la vida, hasta llegar al mar de la felicidad que les aguardaba; pero a veces las apariencias engañan, y en los inescrutables designios del Eterno se encierran juicios para el hombre incomprensibles

—¿Qué quiere usted decir con eso?—pregunté a mi compañero.

—Nada, señor, el cuento se lo dirá a usted; pero aquí cortaban nuestros antepasados el hilo de la narración para intercalar cuatro palabras sobre la aparición de Sofía en Peroniel; y aquí la cortaré yo también, porque al referir semejante historia al forastero, nadie nos separamos un pun-

to de la manera en que nos la referían a nosotros, cuando éramos niños, nuestros abuelos.

—Sea en buena hora—respondí yo—, pues tengo vivos deseos de enterarme de los pormenores concernientes a tan simpática joven.

—Lo satisfaré a usted en breves palabras—respondió mi compañero—no sólo por complacer a usted, sino también porque la noche avanza.

En efecto, ya hacía un rato que el sol se había hundido en el ocaso; el chirlón exhalaba en el aire los últimos gorjeos de despedida; la tórtola arrullaba a lo lejos; los ganados balaban plañideros al marchar a sus majadas, y el festonado encaje del horizonte se perdía en el denso crepón de las tinieblas.

Pasado un instante habló así mi compañero:

—Veinte años antes de la época en que hemos tomado la narración de esta historia, vivía don Nuño con su esposa en la casa que he descrito a usted anteriormente, única que en su vida habitó dicho señor, y en el florido mes de mayo dió a luz su esposa a su hijo Arturo.

Muy satisfechos quedaron padre y madre al encontrarse con un vástago tan hermoso de su familia; pero como no hay felicidad completa en este mundo engañoso, murió la madre de Arturo a los pocos días del parto, a resultas de una de esas dolencias que, con tal frecuencia, padecen las mujeres en tan peligroso estado.

Cuál fuera el sentimiento de don Nuño, usted podrá comprenderlo, caballero, con más ener-

gía que mis rústicas palabras explicarlo ; pero no omitiré decir, aunque de molesto pueda usted tacharme, que todo el cariño que don Nuño tenía repartido entre su esposa y su hijo, se reconcentró en éste, de quien no podía separarse ni un momento después de la muerte de aquélla.

Por no callar nada del cuento, tal como en esta aldea se refiere, diré a usted que uno de los días más claros de verano, en que el ama de leche conducía al niño Arturo por los ejidos del pueblo, su padre, que siempre marchaba junto a él, alargó, como de costumbre tenía, una limosna a ciertos infelices gitanos que a la sombra de un copudo álamo descansaban, y los pobres gitanos no teniendo otro medio de manifestar su agradecimiento a tan generoso caballero, quisieron leer al niño su buenaventura.

Don Nuño, como hombre sabio y cristiano que era, no creía en semejantes fruslerías, porque estaba bien persuadido de que el destino de la criatura sólo Dios que la crió es quien lo sabe ; pero al ver la obstinación de aquellos agradecidos por-dioseros, no quiso oponerse más y les permitió acercarse al niño.

Aún designan en la aldea el árbol debajo del que leyeron los gitanos la buenaventura al hijo de don Nuño, el cual árbol es un anciano álamo que nace a la orilla del arroyo, en cuya copa tiene colgado su nido la cigüeña de tiempo inmemorial, sin que faltara tampoco entre nuestros abuelos quien quisiera asegurar, que las cigüeñas que ve-

mos ahora en dicho árbol son las que salieron de los huevos que en el nido había, mientras al niño Arturo leyeron la buenaventura. Pero, sea de esto lo que quiera, lo cierto es que los gitanos rodearon con gravedad al ama que mantenía en sus brazos al niño, se quitaron las tocas y los sombreros, e inclinaron al suelo sus cabezas orladas de largas melenas negras.

Entonces, tomando la tierna manecita del niño una mujer muy anciana a quien todos los gitanos veneraban como al oráculo de la tribu, y después de hacer mil cruces con su descarnada mano, ora en el aire, ora en su arrugada frente, cuentan que comenzó de este modo:

—Ciento treinta y tres veces han visto mis ojos caer amarilla la hoja de los árboles; ciento treinta y tres veces han visto mis ojos blanquear los campos con la nieve de natividad; ciento treinta y tres veces han visto mis ojos volver las golondrinas de la América, y ni una sola vez me ha engañado el espíritu invisible que me habla en la voz del viento.

Después, mirando atentamente la mano del niño prosiguió:

—Esta criatura nació en mayo, porque el signo de Géminis está pintado en su mano.

»En mayo sólo nacen las flores; por eso este niño será tan hermoso como una flor.

»En mayo los arroyos corren dulces por el suelo; por eso este niño será tan dulce como un arroyo de mayo.

»En mayo el cielo está puro; por eso este niño será tan puro como el cielo.

»En mayo las tórtolas, los jilgueros y todas las aves aman; por eso este niño amará un día tanto como las palomas, como las tórtolas y como las aves del bosque juntas.

»Pero ¡qué dolor!... Las flores se marchitan, los arroyos se secan, el cielo se mancha de nublados y las aves mueren al tiro del fiero cazador...

»¿Qué es decir esto?...—gritó la gitana levantando los ojos al cielo.

»Esto es decir que la juventud de este niño se marchitará como las flores de mayo; que se secará como los arroyos sin fuente; que se enturbiará como el cielo en el día de tempestad.

»El tiempo lo dirá.

»¿Qué veo en este enigma?—tornó a exclamar levantando de nuevo los ojos al cielo.

»En este enigma veo que este niño tan hermoso, que envidia de muchas madres fuera, morirá como las aves de los campos, al fuego del tiro del amor.

»Caballero que me escucháis en calma: cuando vuestro niño cumpla veinte años, acordaos de la infeliz gitana que os habla; la cigüeña que nos ha escuchado desde este árbol será testigo de las palabras que en mi boca ha puesto el espíritu invisible del viento.»

Y al decir esto desapareció ligera aquella mujer, y los gitanos huyeron detrás de ella.

Aseguran que don Nuño quedó algún tanto pensativo, y que durante aquellos días se hablaba en la aldea con misterio de semejante suceso; mas al poco tiempo nadie se acordaba ya ni de la gitana, ni de la cigüeña, ni de las palabras que en su boca había puesto el espíritu invisible del viento.

Crecía Arturo, y crecía muy bello, cuando cumplió dos años.

Por aquella época, señor, se conservaba intacto el castillo de Peroniél, que sin duda alguna es un castillo de romanos. Este castillo estaba solo, desalquilado y sin que nadie se cuidara de él, sino el águila que criaba en sus desvanes o la paloma que arrullaba en sus almenas.

Todo seguía de este modo cuando un día se presentó un arrogante garzón en casa del alcalde del pueblo con un pliego del gobernador del reino, o del mismo rey, porque de quien era aquel pliego nunca se ha sabido con claridad, y en el cual pliego se decía que al portador de él se le reconociese como señor de aquel castillo; así se hizo, y aseguraban nuestros abuelos que aquella misma noche llegó un gran número de criados, que en pocos días arreglaron el vetusto castillo, plantaron jardines en terraplén, colgaron ricas cortinas en las ventanas y cubrieron de tapices las habitaciones.

Los aldeanos que esto veían, y el mismo don Nuño con todo su saber, esperaban un gran suceso o la llegada de algún príncipe, pero salieron

frustradas sus esperanzas, porque no llegó sino un coche que conducía a un caballero modestamente vestido, a una ama de criar y a una niña de dos meses.

La niña era Sofía; el ama se llamaba Isabel, y el caballero dijo que era tío de la niña, pero nadie lo creyó, pues todos veían mucho de extraño en semejante aparición.

Don Nuño, como la primera persona del pueblo, y como hombre muy atento que era, pasó a ofrecer sus servicios al tío de Sofía, y el tío de Sofía le agradeció tanto a don Nuño esta deferencia, que se unió a él por los vínculos de la amistad en términos que llegaron a pasar juntos todo el día.

Mucho hablaron los aldeanos al principio de la llegada de semejantes personajes; pero todo concluye en este mundo, y la curiosidad de la aldea concluyó también, y familiarizados más adelante los aldeanos con los criados del castillo, acabaron por tratarlos como a paisanos suyos.

Evito decir a usted, señor, que los dos niños, Arturo y Sofía, comenzaron a mezclar sus juegos, porque ambas nodrizas no se separaban una de otra; y aquellos niños, unidos desde la lactancia, no pudieron menos de amarse como hermanos a medida que la razón iba despuntando en sus infantiles espíritus.

Afirman que, a pesar de la estrecha amistad que llegó a unir a don Nuño con el tío de Sofía, bien porque éste nada supiera, o porque tuviera or-

den expresa de callarlo todo, jamás dijo una palabra de su venida a don Nuño, y como don Nuño le dijese un día, porque el sesgo de la conversación lo hiciese oportuno:

—Vos marcharéis pronto de Peroniél, porque la niña que escudáis es, en mi juicio, un ave extranjera de rico plumaje, que ha venido a esta aldea a salvarse de alguna peligrosa tempestad.

Refieren que le contestó el forastero:

—No, don Nuño; esta niña nunca marchará de Peroniél, porque es una flor nacida en brillante jardín y arrojada por el huracán de la desgracia a esta aldea, donde, no lo dudéis, verá deshojarse su corola; jamás Sofía saldrá de Peroniél.

Semejante contestación halagó en extremo a don Nuño, quien desde luego había concebido el proyecto de enlazar a su hijo con Sofía.

Pero avancemos en la narración—prosiguió mi compañero interrumpiéndose—, porque la noche avanza y aún queda bastante que decir. Pues, señor, lo cierto es que el tiempo pasó muy suave; que Arturo y Sofía dejaron de ser niños, y al dejar de ser niños, dejaron también, sin quererlo, sin advertirlo siquiera, la dulce ignorancia que había velado sus corazones.

Juntos habían visto deslizarse entre las praderas del pueblo y entre los jardines del castillo los días más bellos de su vida; inocentes como las mariposas, habían corrido el uno en pos del otro por los ejidos; ni en la mañana ni en la tarde se habían separado un punto sus almas puras.

Tampoco ahora se separaban; pero Arturo había cumplido diecinueve años y Sofía diecisiete; acaso entonces se buscaban con más anhelo que nunca, pero por lo menos se buscaban con disimulo.

Como siempre, se miraban los dos con cariño; mas al chocarse sus miradas ambos bajaban los ojos ruborizados, acaso un suspiro se escapaba involuntario del pecho de Sofía, y otro suspiro, arrancado del corazón de Arturo, tal vez respondía al tímido suspiro de su amiga.

¡Ay, señor—exclamó mi compañero—, qué misterios encierran los diecisiete años en la mujer!...

—El misterio insondable de la pasión—le respondí yo—; entonces nace su alma porque el alma no nace hasta que en ella despunta la pasión, porque vivir para la juventud es amar; pero el amor en las inocentes criaturas de aldea se despliega puro como el cielo que las cobija, tímido como el jilguero que las nutre con sus cantos, suave como el ambiente que las mece con sus invisibles alas, divino como el Dios que lo inspira desde el edén; por eso se ruborizan al mirarse, por eso se estremecen, por eso tiemblan el uno a la presencia del otro, porque el alma del hombre tiembla a la presencia de Dios.

—Es verdad—respondió mi compañero—; por eso Sofía bajaba los ojos delante de Arturo; por eso Arturo temblaba delante de Sofía. Porque, ha de saber usted, que desde aquella época Sofía se puso pálida, melancólica y aun triste, como si al-

go le sucediera; y Arturo también estaba de otro modo que aquél que de costumbre tenía; pero no por eso se veían menos, al contrario, como dos hermanos, iban siempre juntos.

Por la mañana volaba Arturo a rezar con Sofía la oración matinal y se bajaban después a pasear entre las flores que nacían en el terraplén del castillo. Al caer la tarde se salían juntos por estas praderas, se sentaban en esta cruz, acaso en la misma grada en que nosotros lo estamos ahora, y perdidos en cándidos coloquios veían asomar la luna en el horizonte, veían nacer las estrellas en el firmamento.

La zagala que pasaba junto a ellos presentaba a Sofía los quesos más frescos de su ganado, y el anciano pastor que desde el monte los columbraba, los bendecía en silencio, porque la caridad de aquellos jóvenes había librado de la miseria en la estación de las nieves a él, a su mujer y a sus hijos.

De este modo se deslizó algún tiempo; Arturo cantaba por la noche al son de su laúd sus tiernos amores; los aldeanos abrían las ventanas para escuchar mejor la celeste melodía de su voz, y todos pensaban en el pronto enlace de los dos jóvenes.

El tío de Sofía toleraba con gusto este rumor, y a don Nuño le agradaba sobremanera aquella especie.

He aquí, ni más ni menos, la vida que disfrutaban nuestros jóvenes cuando Arturo se apro-

ximaba a los veinte años y Sofía a los dieciocho, que es el punto en que corté mi narración para enterar a usted de los pormenores del castillo.

—Es verdad—le dije yo—; continúe usted, que me interesa el cuento.

—Escuche usted—prosiguió mi compañero—, y prepárese a sentir, porque nosotros, que hemos gozado con ellos, justo es que con ellos también sintamos.

—Pues qué, ¿se les cambió la suerte?

—Nada hay duradero en este mundo, y la felicidad de aquellos jóvenes desapareció como el sol desaparece por la noche de los campos, que ha alumbrado con su luz durante el día.

—Pues continúe usted la relación—repliqué.

Mi compañero habló de este modo:

—Más tiernos, más amables, más contentos y cariñosos que nunca seguían Arturo y Sofía, cuando una mañana de verano, se apeó en el puente levadizo del castillo un garzón que cabalgaba furioso alazán ricamente enjaezado y vestido todo él de ropa negra con apiñadas bordaduras de seda.

Este garzón, que a juzgar por lo que después se ha sabido, era un paje del gran Duque de Bohemia, penetró en el castillo sin pedir permiso a nadie, y no sabemos lo que al tío de Sofía diría, mas sí nos consta que en mal hora llegó aquel paje para los jóvenes amantes, pues pronóstico fué de todas las desgracias que a entrambos acaecieron; pues lo cierto es que desde el momento que apareció en Peroniel el infausto mensajero,

no se vió a la hermosa Sofía ni aun siquiera asomarse a las ventanas; ni a su tío salir aquella tarde a pasear con don Nuño como de costumbre tenía; ni ella vino a esta Cruz donde como siempre la esperaba anheloso el apasionado Arturo. Hay más: aquella misma noche, entre una y dos de la madrugada, cabalmente cuando el hijo de don Nuño estaba cantando con su laúd las quejas de su alma en el balcón de su dormitorio, llegó a las puertas del castillo, con mucho estrépito de perros, de pajes y caballos, una comitiva en coche compuesta de dos o tres ricoshombres con gran séquito de criados. Esta comitiva, que tanto asombro causó en la aldea, al día siguiente de su arribo, penetró en lo interior del castillo, y la infeliz Sofía, cual si se hubiera sepultado en el abismo, no volvió a dejarse ver por parte alguna.

Muchas y diferentes cosas murmuraban los aldeanos acerca de aquella venida, porque a todas horas del día, y aun de la noche, entraban y salían en el castillo los pajes con grande agitación, como si asuntos muy importantes se ventilaran dentro de sus murallas; pero el hecho es que el pobre Arturo experimentó un sentimiento tan profundo que en pocas horas perdió las carnes, mudó el color y una tristeza roedora se apoderó de su corazón.

Entonces conoció el infeliz mancebo cuánto amaba a Sofía; porque es muy cierto, según cuentan, que nunca se despierta tan fuerte el amor en nuestro pecho como en el instante mis-

mo de arrancarnos de junto al ser que lo produce.

—Es una gran verdad—respondí yo—; por eso van errados algunos padres incautos que quieren separar con frías reflexiones a sus hijos del objeto a quien se inclinan, pues no hacen otra cosa, sin conocerlo, que encender en ellos más y más la abrasadora llama del amor, que, sin oposición alguna, tal vez un día llegaría a extinguirse bajo el manto del hastío o de la monotonía.

—Dice usted muy bien—respondió mi compañero—. Arturo comprendió, desde luego, que todo aquel aparato se encaminaba únicamente a robarle a Sofía; y la pasión que desde su infancia había germinado en su pecho se desarrolló entonces, ni más ni menos que como usted ha dicho, semejante a una llama abrasadora que lo devoraba.

El desgraciado vagaba por todas partes sin saber qué hacerse; después de mil ideas encontradas, después de largos instantes de terrible lucha, se atrevió por fin a entrar en aquel castillo donde tantas veces había entrado en tiempos más venturosos; pero un paje le dijo que había orden expresa de que nadie traspasara aquella puerta, y el malhadado joven se volvió atrás afligido.

Los aldeanos conocían la triste situación de su señorito; pero los pobres no podían hacer otra cosa que compadecerlo y sentir con él.

Mas ¿para qué he de molestar a usted con tan minuciosos detalles?—prosiguió mi compañero—. Caminaremos ligeros al desenlace.

Una mañana en que Arturo estaba solo en su habitación, sentado en el sofá con los brazos reclinados en pasamanos y la cabeza escondida entre los brazos, se presentó don Nuño, cerró la puerta y se sentó a su lado.

Arturo levantó los ojos, llorosos, y entre padre e hijo se cruzó este diálogo:

—¿Has llorado, Arturo?—le dijo el padre.

—No, señor—respondió Arturo asustado—; yo no llo ro nunca.

—Sí, hijo mío, tus propios ojos te venden; tú has llorado y tus lágrimas no avergüenzan a nadie; en ciertas ocasiones también al hombre le es concedido llorar; llora, hijo mío, llora cuanto quieras, que si el mundo empieza ya a acongojarte con su dolor, aún tienes un padre anciano que enjugará tus lágrimas con cariño.

Los ojos de Arturo se humedecieron de nuevo, y, descorazonado, escondió la frente entre las manos.

—Hijo mío—prosiguió su padre—, hora es de que hablemos con franqueza, hora es de que terminemos un asunto que me aterra. Me despedaza el alma tener que hablarte así, pero sólo a un padre ha concedido Dios estas misiones. ¿Tendrás valor, hijo mío, para escucharme?

—Nunca el valor faltó a la noble estirpe de don Nuño—respondió Arturo mirando a su padre con rostro desencajado.

—Es que la guerra terrible del hombre—respondió don Nuño—no es la que el hombre traba

con otro hombre, es la que el hombre traba consigo mismo, es la que la razón sostiene contra su corazón; lucha horrenda porque nace y estalla dentro de nuestro propio pecho.

—Es verdad...—murmuró Arturo afligido—, y si el valor me falta en esta lucha horrenda, ¿qué haría este infeliz?

—Volar a los brazos de su padre cariñoso.

Y el afligido Arturo escondió su frente en el tierno regazo de su anciano padre.

—Sí, hijo mío...—prosiguió éste, conmovido, cuando Arturo se hubo separado de él—, tú amas con delirio a esa joven; yo me he gloriado durante muchos años de tu amor, pero ahora es forzoso que renuncies a esa pasión.

—¿Por qué?—exclamó Arturo encendido como la grana.

—Porque tú eres un pobre hidalgo de aldea, y esa joven, desconocida hasta hoy, es una elevadísima señora.

—¿Qué decís?

—La verdad, hijo mío. El alma se me parte al expresarme así, pero es nada menos que la hija del gran Duque de Bohemia.

—¡Mentira! Eso no puede ser; no hagáis caso, padre, de las habladurías de la aldea.

—No son habladurías, hijo mío, son la verdad pura.

—¿Quién os lo ha dicho?—preguntó Arturo sofocado.

—El hombre que hasta hace cuatro días ha estado pasando por tío de Sofía.

Arturo se estremeció al oír el nombre de Sofía.

—¿Pues cuándo le habéis visto?—preguntó el joven.

—Me ha escrito una carta—respondió el padre.

—¿Y qué os dice en ella? Decídmelo todo, por piedad, nada me calléis...—exclamó el joven abatido.

—¡Oh, nada te callaré!—contestó don Nuño con marcada pena—, porque es forzoso que todo lo sepas, es necesario que te prepares a agotar la copa de la amargura; y si tu pecho virgen todavía no tuviera bastante fuerza para sobrellevar tanto dolor, este anciano y curtido pecho te ayudará a sufrir...

—¿Qué os dice en esa carta?...—murmuró Arturo sofocado.

—Me dice—respondió el padre con voz entrecortada—que Sofía es la hija única y heredera del gran Duque de Bohemia; que comprometido este Duque en la guerra de Flandes, la envió a España para ponerla a salvo de cualquier incidente que pudiera ocurrirle; pero hoy ha vencido el Duque de Anjou, y el Duque de Bohemia ha vuelto a su abadía de Francia, ha venido en persona por su hija para abrazarla y llevársela a vivir en su compañía.

Arturo exhaló un doloroso suspiro.

—Hay más—prosiguió el padre—; el duque de Bohemia ha ajustado ya las bodas de Sofía con

el Marqués de Smirch, coronel polaco que mandaba un regimiento que militaba en la misma división con que el Duque de Bohemia entró en Flandes.

Estas expresiones fueron un rayo que dejaron yerto el corazón de Arturo.

—No puedo más, padre mío—exclamó el joven pálido como un cadáver.

—Pues ármate de valor, hijo mío, porque aún no has recibido el golpe cruel.

—¿Cuál es?—preguntó desencajado.

—Que el Marqués de Smirch hace cuatro días que está en Peroniel.

—¡Dios mío!—murmuró Arturo.

—Que antes de otros cuatro días se marchará con Sofía—prosiguió el padre—; pero que cuando salgan de esta aldea Sofía será ya su esposa.

Arturo quedó sin fuerzas, exhaló un doloroso suspiro y dejó caer la frente sobre las rodillas de su padre, que levantó al cielo sus ojos suplicantes.

Y en este estado se deslizaron entre ellos largos instantes de silencio...

... ..

—Adiós, hijo mío, te dejo solo—dijo don Nuño separando de sus rodillas la abatida frente de su hijo y levantándose del sofá con arrogancia—. Adiós, Arturo; despliegue tu pecho el valor suficiente para vencerse a sí mismo; demuestra con tu serenidad a esos magnates que, si no eres tan

rico como ellos, eres tan valiente como el Duque de Bohemia y como el Marqués de Smirch, pues sabes presentar tu rostro sereno al infortunio.

Y frunciendo las cejas con ademán de orgullo, salió de la habitación.

Entonces Arturo se echó a llorar con amarga desesperación.

¡Ay, lectora!... ¡Las lágrimas de la mujer son perlas destiladas de matinal aurora; pero las lágrimas del hombre son corrientes de hiel que abrasan cuanto tocan, son gotas de sangre hirviendo que exprimen a la fuerza de un corazón aún vivo!

En esto se abrió la puerta del aposento de Arturo, y apareció un aldeano con una carta en la mano, quien, después de saludarle respetuosamente, le dijo:

—Señorito, al pasar junto al castillo he visto un pañuelo que me hacía señas desde una reja; me he acercado y era la señorita Sofía, quien me ha entregado este papel para usted.

Arturo se abalanzó sobre el papel sin poder ocultar su emoción, y después de dar unas monedas al aldeano, que marchó en seguida, besó frenético la esquila y la leyó mil veces. Estaba escrita con lápiz y decía así:

«Querido Arturo: Espérame esta tarde en la Cruz, pues así que anochezca iré a buscarte ahí tu desgraciada hermana,

Sofía.»

Cuáles fueron entonces las emociones de Arturo, cuán agitado pasaría el resto del día, usted lo puede comprender mejor que yo explicarlo—me dijo mi compañero.

Después prosiguió:

—No bien el sol se había escondido en el horizonte, y las sombras de las montañas se extendían por las praderas, cuando Arturo se dirigió a la Cruz, y si hemos de dar crédito a nuestros abuelos, se sentó en esta primera grada en que nosotros lo estamos.

Ya había escuchado el esquílón de la aldea que tocaba a oraciones, había visto levantarse la luna sobre el horizonte y brillar algunas estrellas en lo más alto del firmamento, cuando sintió a su espalda un ligero ruido, volvió la cabeza y encontró a Sofía.

Hacía cuatro días que no la había visto.

—¡Sofía!—exclamó Arturo enajenado, y le tomó ambas manos con cariño.

Sofía no pudo articular palabra, pero exhaló un profundo suspiro, y ambos se sentaron en la grada en que nosotros lo estamos ahora. Referían nuestros antepasados que aquella noche parecía Sofía una virgen, porque estaba pálida, porque ceñía sus esbeltas formas un traje claro, y porque un velo negro cubría su rostro.

—¿Conque te marchas...? — exclamó Arturo conmovido hasta el corazón.

—Me arrancan violentamente—murmuró Sofía.

—¿Y qué haré yo cuando me vea solo?—excla-

mó afligido—. ¿Y qué responderé a los zagales, y a los pájaros, y a la luna, cuando en esta Cruz me encuentre solo y me pregunten por ti?

Sofía no pudo contestar y cubrió sus lágrimas con el pañuelo.

—¿Y quién responderá a mis canciones cuando al son de mi laúd pronuncie tu adorado nombre?

Sofía lloraba amargamente.

—¿Y qué haré, triste de mí, cuando pase junto al castillo y no escuche tu voz; cuando a la iglesia vaya y no te vea; cuando por la noche venga a esta Cruz donde tanto he amado y no te encuentre, qué haré entonces? ¡Dios mío!... llorar amargamente la pérdida de mi hermana... llorar un amor de veinte años, que expiró...

—¡Arturo!—gritó entonces Sofía levantándose el velo y tomándole las manos con frenesí—, hermano mío, por Dios, no me asesines... Consuela a esta desgraciada en su dolor y no me martirices con tus palabras... Dime, ¿a quién puedo yo amar en el mundo sino a ti? Arturo de mi alma, ¿con quién se ha criado esta desgraciada sino contigo? ¿Quién sino tú le ha enseñado a amar a mi corazón?

—Tú me amas aún...—murmuró Arturo.

—¿Dudas de mí?—exclamó Sofía abatida—. Pregúntaselo a los pájaros, que son testigos de nuestra pasión; pregúntaselo a la luna, que tantas veces ha alumbrado nuestro amor; pregúntaselo a esta Cruz, que tantas veces ha escuchado

nuestras caricias... No, Arturo de mi corazón, yo no puedo vivir sino a tu lado...

—¿No puedes vivir sino a mi lado?—murmuró Arturo con melancólica ironía.

—Me es imposible—respondió Sofía sofocada—, porque mi pecho necesita de tu aliento para respirar; porque mi corazón necesita tu mirada para latir...

—Y, sin embargo, tal vez mañana te separarás para siempre de mi lado—exclamó Arturo con amargura—. Para siempre... ¡Dios mío!—volvió a exclamar agitado.

—Es verdad... ¡para siempre!...—replicó Sofía, cayendo en un excesivo abatimiento.

Y ambos jóvenes cubrieron sus ojos con los pañuelos.

Hubo un instante de silencio, durante el cual la luna alumbró con plácido fulgor esta Cruz misteriosa y aquellos dos infelices amantes.

—Y haces bien, Sofía, de marchar—le dijo entonces Arturo con terrible calma—; huye para siempre de mi lado; huye para siempre de estos lugares que han velado tu infancia, porque tú eres la gran Duquesa de Bohemia, y yo soy un infeliz hidalgo indigno de alternar contigo; marcha pronto a la corte que te espera con su espléndido lujo, y déjame a mí en estos solitarios campos, donde día y noche lloraré la pérdida del ángel a quien amó mi corazón un día...

—¡Arturo!—murmuró Sofía ahogada.

—Sí, Sofía, sí, hermana mía; en estos valles

donde tantas veces te he mirado..., donde tantas veces han escuchado mis oídos tus dulces palabras de cariño... yo me acordaré de ti..., yo pensaré en ti... y cuando vuelvan las aves de verano y me encuentren solo en esta Cruz, yo les diré afligido: «Id, palomas, a la corte de España o de Francia y llevadle mi corazón.» Y cuando los pobres de la aldea me pidan una limosna, yo se la daré doble y les diré: «Tomad ésta que os envía Sofía por mi mano.»

—Y cuando yo—exclamó Sofía—, la más desgraciada de las mujeres, me vea sola, lejos de mi hermano y de estos campos venturosos y afligida levante mi corazón a Dios, Dios no oirá otras palabras en mis oraciones que la palabra «Arturo», porque, hermano mío, si al tiempo de separarnos para siempre es forzoso que esta infeliz mujer abra su pecho, ten entendido, Arturo, que te amo a ti yo cien veces más que tú me amas a mí, que sólo he vivido en este mundo para Arturo, y que si el pudor me ha hecho reprimir mi pasión, sabe hoy, que me arrancan vilmente de tu lado, que tú eres mi esperanza, mi delicia... que sólo Arturo en el mundo es mi consuelo...

Arturo escuchaba enajenado a Sofía.

—Y esa luna que nos alumbra desde el firmamento—prosiguió la joven—, y esta Cruz que ha visto nacer nuestro cariño, y ese Dios que habita más arriba de las estrellas son testigos de que no me uniré en la vida a un hombre, o ese hombre ha de ser Arturo.

—¡Sofía!...—exclamó Arturo. Y abrasado de amor abrió sus brazos.

—¡Arturo!...—murmuró Sofía, y anegada en lágrimas dejó caer su cabeza en el regazo de Arturo.

Hubo cuatro minutos de silencio, señor mío —me dijo mi compañero—, y la luna bañaba la frente pura de Sofía, el céfiro de la noche agitaba con suavidad el velo de la niña y los negros cabellos de Arturo, que reclinaba su cabeza en el pedestal de esta Cruz.

Cuando Sofía levantó su pálido rostro, la miró Arturo con cariño, le tendió un brazo sobre los hombros, como lo hacía en los perdidos tiempos de la infancia, y le preguntó con humilde resignación:

—¿Cuándo te marchas, Sofía?

—Pasado mañana —respondió Sofía con tristeza.

—¿Ya no nos veremos más?—repitió Arturo.

—Sí—contestó Sofía—; mañana al salir la luna vendré a darte el último adiós al pie de esta Cruz testigo de nuestro amor.

—¿El último adiós?...—murmuró Arturo con amargura—. ¡Qué palabra tan cruel! ¿Y después te unirás con el Marqués de Smirch?

—Jamás—respondió Sofía con entereza—; te he jurado ser tuya o morir en un convento.

—También te juro yo, por esta santa Cruz—exclamó Arturo pegando un golpe en la piedra—, o

ser esposo de Sofía o bajar a la tumba con tu imagen en el corazón.

En esto sonaron las nueve en el lejano reloj de la aldea.

—Adiós, Arturo—murmuró Sofía, levantándose lánguida y apretando la mano de su amante.

—¿Ya te marchas?...—exclamó Arturo.

—Son las nueve; no me acompañes.

—No te acompañe, Sofía; el que siempre ha vivido contigo, el que dieciocho años se ha llamado tu hermano y ha sido tu único custodio en estos valles... hoy te compromete con su compañía.

—¿Cómo ha de ser... Dios lo quiere así!—dijo Sofía—. Hasta mañana, Arturo—y le apretó más la mano.

—Hasta mañana—respondió Arturo besando la mano de su hermana.

Sofía comenzó a andar ligera, y Arturo se dejó caer afligido en las gradas de la Cruz; pero una densa nube oscureció la luna y un cuervo pasó volando junto a la cabeza de Arturo.

Arturo lo miró y se asustó, porque los cuervos siempre han sido tenidos en este país por pájaros de mal agüero.

Mi anciano compañero tomó aliento algunos instantes, como si la relación de estos últimos sucesos le hubiera cansado o afectado, y después continuó así:

—¡Infelices criaturas! ¡Cuánto sufrieron en poco tiempo! El cuervo que pasó junto a Arturo al

oscurecerse la luna fué, en efecto, pronóstico de nuevas desgracias.

—Pues ¿qué les ocurrió?—pregunté yo.

—¿Qué les ha de ocurrir?—contestó mi compañero—. Que bien sea porque el Duque de Bohemia barruntó algo acerca de las entrevistas de Arturo con su hija, o bien porque lo creyera conveniente sin saber nada de esto, lo cierto es que a la mañana siguiente aparecieron cerradas las puertas del castillo, las ventanas abiertas y todo desalquilado, como si de largos años atrás nadie hubiera vivido dentro de aquellas murallas.

—¿Y no se sabe cómo marcharon sus habitantes?

—Sí, señor; porque un pastor que entre doce y una de la noche salió de la majada en busca de un cordero que balaba extraviado, dijo que a aquellas horas había visto cruzar por el camino que conduce al castillo de la Pica un coche tirado por cuatro mulas, y además seis mancebos montados en bien enjaezados caballos.

Fácil es, señor, comprender la sorpresa que en la aldea produjo el encontrar el castillo en aquella forma, y la impresión que ocasionaría semejante suceso en el afligido corazón de Arturo.

Tan luego como don Nuño le dió esta noticia, con toda la prudencia de un padre cariñoso, se levantó de la cama el desgraciado joven, y pálido, solo, convulso como un calenturiento, se dirigió al abandonado castillo, dió la vuelta a las murallas, se sentó en la puerta de hierro por donde



Paisaje de La Pica. A derecha asoma el Torreón.



UNIVERSITY OF MICHIGAN LIBRARY

tantas veces había entrado y salido con su amada, miró a las ventanas de la torre, desde donde mil veces había visto con ella aparecer la luna y brillar las estrellas en el cielo; se fué en seguida a la Cruz, donde la noche anterior le había besado la mano y había escuchado de sus labios el juramento de eterna fidelidad, y como la vista de tales objetos no hiciera otra cosa que más y más lacerar su angustiado corazón, se retiró a su casa, se cerró en su cuarto y su afligido padre, que lo seguía a hurtadillas, dió orden de que nadie le interrumpiera en su dolor.

Pues señor—continuó mi compañero—: volviendo a Sofía diré a usted, que descubrieron, en efecto, su padre y su novio, la entrevista con Arturo, y a toda prisa se la llevaron al castillo de La Pica, que dista de aquí dos leguas, y que está edificado en el fondo de un profundo barranco, que forman cuatro inmensas cordilleras de montañas.

—He visto ese castillo—dije a mi compañero—; es un castillo feudal.

—Pues bien—continuó—: al encontrarse Sofía en aquel desierto, entre aquellas sombrías murallas, y separada para siempre de su Arturo, cuentan que comenzó a sentir en el corazón una pena que la ahogaba, y no deseaba otra cosa la desventurada que estar sola en una de aquellas tristes cámaras, en la cual pasaba llorando el día, y llorando la encontraba la noche. Pero aunque sola se creía en su tétrica estancia, So-

fía no estaba sola, porque el marqués de Smirch, que era hombre malo y en extremo celoso, empleaba el día en acecharla por el agujerito de la puerta.

Mientras tanto la joven que ni pensaba en otra cosa, ni veía otra cosa delante de sí que la imagen de su querido Arturo, recogió las flores más frescas que nacían en las faldas de los vecinos montes; pálidas amarilleras o fúnebre jaramago cogería, porque sólo estas flores, emblema de la muerte, se crían en semejantes montañas. Formó con ellas un ramo que ató con la cinta que prendía de sus cabellos; después escribió una esquila y la metió en el corazón del ramo.

Esto hizo Sofía la noche en cuya tarde le habían anunciado que al día siguiente partirían para Madrid.

Para ir a Madrid desde el castillo de La Pica, es indispensable, como usted sabe, pasar por aquí; y Sofía, que no dudaba que Arturo vería deslizarse largos momentos de su vida sentado en esta Cruz, había resuelto tirar al suelo al pasar aquel ramo en que iba su última despedida, para que lo recogiera Arturo.

Cuando hubo concluído el ramo, y puesto en él la carta, lo colocó en un vaso de agua y se acostó más tranquila; pero la infeliz no sabía que el marqués de Smirch lo había visto todo por el agujero.

Cuando el marqués de Smirch supuso que Sofía estaría ya dormida, abrió con tiento la puerta,

examinó el ramillete con cauteloso furor, leyó la esquila en la cual Sofía le decía a Arturo «que nunca lo olvidaría, y que recibiera aquellas flores como un tierno suspiro de su corazón».

El primer impulso del marqués fué rasgar la esquila, y destrozar el ramo; y ¡ojalá que así lo hubiera hecho!, pero, de repente, se contuvo, porque había concebido un crimen. ¿Lo creerá, usted, señor? Había pensado matar a Arturo, y matarlo de la manera más insidiosa.

El marqués de Smirch, no sólo había estado en la guerra de Flandes, como dije a usted al principio de mi narración, sino que también había estado largo tiempo peleando contra los moros en Argel, y los moros le habían dado un veneno que a los dos minutos hacía morir al que lo olía.

Sin duda, la luz de Satanás alumbró al marqués aquella noche, porque luz de Satanás y no otra cosa debe ser la que inspira tan viles atentados, y el marqués sacó de su baúl una caja de aquel veneno, esparció una buena cantidad de polvo entre las flores del ramo, lo volvió a colocar en el vaso, y en extremo contento salió de la habitación.

A la mañana siguiente dijeron a Sofía que al oscurecer de aquella misma tarde, partiría del castillo el coche que los conduciría a Madrid.

Sofía se estremeció a este aviso, y colocó el ramo en un bolso de terciopelo verde.

El marqués de Smirch no se separó un punto de ella; ya por gozar la vista de su lánguida hermo-

sura, ya, principalmente, por evitar que oliera el envenado ramo.

Mientras tales escenas ocurrían en el castillo de La Pica, el pobre Arturo iba perdiendo la salud por grados; en vano eran los consejos que su padre le daba; porque el desgraciado joven empleaba el día en vagar perdido por las solitarias cordilleras de los montes; en dar vueltas en torno del castillo de Peroniel; en llorar encerrado en su cámara... y por la noche venía y se sentaba en esta Cruz, y contemplaba las estrellas y contemplaba la luna, y le preguntaba por Sofía, como si la luna tuviera poder para responderle; y se abrazaba a esta Cruz, y le contaba sus cuitas, como si esta Cruz tuviera virtud para calmar su dolor... y entre tanto, la vida del pobre Arturo se iba consumiendo en su amargura; y su anciano padre se acababa de sentimiento; y los aldeanos todos le compadecían, y todos le pronosticaban una muerte temprana.

Llegó la noche del 20 de mayo; tan pronto como el sol se escondió en el horizonte, se dirigió Arturo abatido y melancólico a la Cruz, en cuyas gradas se sentó cabizbajo y con los brazos cruzados.

Triste debía de ser la situación de Arturo, porque mucho debe padecerse, en mi juicio, cuando uno se halla solo en los mismos lugares en los que otro tiempo estuvo con el objeto de su amor.

No olvidará usted, señor mío—dijo mi compañero—, que aquella misma noche en que el hijo

de don Nuño estaba sentado en la Cruz, era la noche en que el Gran Duque de Bohemia y el marqués de Smirch habían determinado partir del castillo de La Pica para Madrid.

—No lo he olvidado—respondí yo con tristeza, porque me iba impresionando la narración de mi compañero.

—Pues bien—prosiguió éste—; como si el cielo quisiera adornar con sus divinas galas el inocente sacrificio que se iba a consumir al pie de esta rústica Cruz, contaban nuestros antepasados, al referir con devoción esta historia, que nunca la naturaleza se desplegó más llena de encantos, ni el firmamento más azul, ni las estrellas más brillantes, ni la luna más plateada, ni las nubes más blancas y rizadas, ni el céfiro más suave, ni más melancólico el canto del ruiseñor, que en aquella hora llena de misterios, en que Arturo lloraba su perdido amor al pie de esta santa Cruz.

En el reloj de la parroquia sonaron las nueve. El eco solemne de la campana que se esparció sin obstáculo por estos valles silenciosos hizo estremecerse a Arturo, que prorrumpió en un raudal de lágrimas..., porque las nueve había tocado aquella misma campana, cuando Sofía se separó la última vez de su lado.

Mas cual si la campana de la aldea y la hora de las nueve fueran el invisible genio o el eco del destino a quien Dios encargara marcar los instantes crueles de la vida de Arturo; no bien el fatal esquilón extinguía sus últimas vibraciones en el

espacio sin límites, cuando Arturo sintió junto a sí el ruido de un coche, que pasaba por esa misma carretera que dista ocho pasos de aquí.

Mas ¿qué le importaba a Arturo de un coche que corría por el incierto sendero del mundo?...

Arturo le dirigió una mirada de rabia, o de desprecio, o de indiferencia.

Sin embargo, nosotros que conocemos este coche diremos dos palabras de él.

Dentro del carruaje, como usted habrá comprendido desde luego, iban el Gran Duque de Bohemia, el marqués de Smirch, dos caballeros de la corte del Gran Duque, y Sofía; pero Sofía, con toda intención, se había sentado junto a la ventanilla que daba a la parte de la Cruz, y, con toda intención, también, llevaba en la mano el bolso que encerraba el fatal ramillete.

El marqués de Smirch, sentado al lado de su novia, no perdía uno de los movimientos de ésta, pero la observaba al descuido, aparentando indiferencia, para no estorbarle su propósito.

Sofía, por su parte, tierna niña de sensible corazón, inocente paloma sin doblez, puesta de pechos en la ventana, respiraba con más libertad, a medida que el aire de estos campos bañaba su frente; se estremecía su corazón de gozo, a medida que sus ojos descubrían la veleta de la torre, y los humildes tejados de su querida aldea; pero su alma se angustiaba con las congojas de la muerte al pensar que aquel placer era soñado, al reflexionar que era la última vez que miraba

aquellos lugares, para ella tan deliciosos, y al considerar que en aquellos mismos lugares que perdía quedaba también Arturo, que para siempre se separaba de ella.

Sin embargo, cuando andando el coche, descubrió Sofía cerca de sí esta Cruz, y sentado al pie de la Cruz conoció al infeliz Arturo, cuya frente pálida y negra cabellera acariciaba un rayo melancólico de la luna, dejó de repente de pensar, se llenó toda su alma de un confuso sentimiento, y expuesta a todo, y resuelta, si fuere necesario, aun a ser descubierta de su padre y de su novio, sacó el ramo del bolso de terciopelo, sin apartarse un punto de la ventanilla donde iba asomada, y en menos tiempo que decirlo cuesta, lo besó y lo olió, lo apretó enajenada contra su pecho, lo volvió a besar y lo tiró a la Cruz.

—¿Qué haces, infeliz?—exclamó el marqués agitado, mientras esto hacía Sofía.

—Nada — respondió Sofía, asustada, retirándose de la ventanilla.

—Ese ramo que habéis besado está envenenado.

Y a estas palabras siguió una confusa agitación en el coche, y Sofía que sólo en la muerte podía encontrar placer, contrajo sus mejillas con una dulce y simpática sonrisa de ángel.

—¡Hija mía!...—gritó el Gran Duque, abrazando a Sofía.

—A galope hasta llegar a un pueblo que no sea Peroniel—gritó al postillón el infame marqués.

Y entre el penetrante chasquido del látigo, y entre las voces del postillón, partió el carruaje a escape, levantando tras de sí oscura nube de polvo.

Mientras tanto, el infeliz Arturo, que sentado en las gradas de la Cruz vió caer el ramo al suelo, sintió en su pecho un oculto presentimiento que lo aterró; se levantó con incertidumbre, se dirigió al ramo con languidez, lo tomó; mas como al examinarlo se encontrara en la mano con el papel que se había desprendido de sus ya marchitas flores, lo leyó a la luz vacilante de la luna, única antorcha digna de alumbrar semejante escena, y al enterarse de su contenido, y al conocer la letra de Sofía, levantó los ojos al cielo, exhaló un agudísimo quejido de dolor, y abatido hasta la muerte le dejó caer en las gradas de esta solitaria Cruz.

—Último adiós de mi adorada Sofía...—exclamó, mirándolo con las lágrimas en los ojos—; tú no te separarás de mí hasta la muerte...

Y lo ocultó en su pecho, y lo llevó a sus labios, y apretó su rostro contra él, y una y mil veces aspiró su aroma, como si aquel envenenado ramo fuera el único bálsamo para su eterna herida, como si fuera el verdadero suspiro... el tierno aliento de su desgraciada amante.

Contaban, señor, los ancianos cuando referían esta historia, que así como Arturo se aplicó el ramo a las narices, una nube oscureció la luna, y un cuervo pasó volando junto a él, y la cigüeña que crecía en aquel árbol vecino exhaló un las-

timero graznido, y un relámpago rubicundo, acaso el primer relámpago de aquel verano alumbró rápido las tinieblas de la noche; pero Arturo entusiasmado con el ramillete, que más y más olía, ni vió la nube que oscureció la luna, ni sintió el cuervo que pasó a su lado, ni escuchó el triste graznar de la cigüeña, ni percibió el relámpago que centelleó en los aires.

Sólo veía la seductora imagen de Sofía, que en blanca túnica de transparente gasa, y revestida de flores bellas y de alas de crespón, flotaba en la atmósfera azul, como un ángel que lo llamaba a su lado. Y el infeliz Arturo tendía hacia ella sus brazos y no podía tocarla, porque todo aquello que veía era sombra, y aquella sombra era la primera fantasía de su naciente delirio. Y el desgraciado Arturo quería levantarse y no podía, porque las fuerzas le faltaban ya; y sus músculos estaban contraídos...

—Señor—prosiguió mi compañero, que en su relación usaba un lenguaje no esperado de su rústico porte—, el marqués de Smirch debía estar ya satisfecho, porque Arturo ya estaba envenenado.

—Ya lo he comprendido—respondí yo.

—Sí, señor—continuó mi compañero con dolor—; y el veneno era tan activo que duró pocos momentos.

—¿Qué es esto?... — exclamó Arturo, dejando caer el ramillete al suelo, y llevándose la mano al pecho—: Padre mío, yo me ahogo...

Y haciendo el último esfuerzo impelido ya por las ansias de la muerte, se arrodilló sobre la tercera grada, se abrazó fuertemente a esta Cruz... y con sus turbios ojos fijos en el cielo, parecía pedir a Dios indulgencia de sus culpas, o venturas mil para su amante, o quizá perdón para su cruel enemigo.

Hubo algunos instantes en que la naturaleza enmudeció, y Arturo luchando terriblemente con la agonía se apretaba más y más a la Cruz, y su cabeza temblaba y su cuerpo se estremecía por intervalos desiguales, y un ronco estertor resonaba en su pecho.

Arturo se moría; y ni su padre, que tanto le amaba, ni los aldeanos a quienes tantos beneficios había dispensado, nadie, nadie venía en su socorro. ¡Ay, señor!, ¡cuán impenetrables son los santos juicios de Dios!

Por fin, la muerte triunfó de la vida: Arturo, semejante al tierno fresno, o al gallardo ciprés a quien el huracán troncha, lentamente, por su tallo, inclinó la cabeza sobre la nuca; fué abandonando la Cruz adonde se había abrazado, y de golpe cayó al suelo.

Luego..., nada respiraba en estos contornos; junto a esta Cruz yacía su cadáver.

Entonces, ¡qué casualidad!, volaron impelidas por un viento sutil las nubes que cubrían la luna; y un rayo misterioso de luz bañó el yerto semblante de Arturo; y un ruisenior comenzó a trinar entre los lirios del arroyo; y era, sin duda, el

canto de gloria que las aves entonaban al sacrificio de la inocencia.

Hubo dos minutos de silencio, en que ni mi amigo ni yo nos atrevimos a hablar una palabra, y yo busqué, con los ojos, en torno mío, el lugar en donde debió caer el cuerpo de Arturo.

Después, prosiguió mi compañero:

—Voy a referir a usted el resto del cuento en pocas palabras, porque ya es tarde y no quiero molestar a usted más con mi pesada narración. En el reloj de la aldea dieron las once; y observando don Nuño que su hijo tardaba en ir a casa mucho más de lo que de costumbre tenía, reunió a sus criados y les dijo:

—Vamos a buscar a mi hijo, que estará muerto en el campo.

Pero como sus criados trataran de disuadirlo de semejante idea, les respondió con tristeza:

—Si no es hoy, será mañana; en todo tiempo sea bendita la voluntad de Dios.

Y acompañado de sus criados con faroles, y de multitud de aldeanos y aldeanas, se dirigió a esta Cruz.

¡Hay en el mundo cosas providenciales! El primero que descubrió el cadáver de Arturo fué don Nuño; y usted puede figurarse, señor mío, qué golpe tan cruel recibiría aquel padre cariñoso, al encontrar a su hijo muerto. Pero si hemos de dar crédito a nuestros abuelos, ¿creéis que comenzó a gritar y desesperarse? No, señor; todo lo contrario: dicen que exhaló un doloroso suspiro, que

se quitó el sombrero, que hincó la rodilla en tierra, y levantando en sus brazos el cadáver aún caliente de su hijo, exclamó con los ojos clavados en el cielo:

—Señor, recibid este nuevo Isaac, sacrificado en las aras del amor.

Al oír estas palabras los aldeanos se descubrieron la cabeza y humildes doblaron todos las rodillas; pero en aquel mismo instante, pasó sobre sus frentes la cigüeña, que criaba en el árbol vecino, y don Nuño lanzó un terrible grito de dolor.

—¡Hoy cumple veinte años mi hijo! — exclamó—. Cuando una gitana le leyó la buena ventura debajo de aquel árbol, me dijo: «Tu hijo morirá de amor; cuando cumpla veinte años, acuérdate de esta gitana; esa cigüeña que nos escucha será testigo de mis palabras». ¡Maldita gitana!...—exclamó con acento de amargura—; ya se ha cumplido tu profecía... aquí tienes al cadáver de mi hijo...

Y lo apretó contra su pecho.

Entonces, los aldeanos se apoderaron del cuerpo de Arturo, y los criados se llevaron a don Nuño a su palacio.

A la mañana siguiente vinieron médicos de los pueblos inmediatos, examinaron el cadáver y declararon estar envenenado, lo que no poco admiró a la aldea. Dieron a oler a un perro el ramillete que apareció junto a la espada y el sombrero de Arturo que estaban tirados sobre las gradas de

la Cruz, y como el perro muriera a los cinco minutos, conocieron que el veneno residía en aquel ramo; lo quemaron y enterraron sus cenizas en un lejano monte.

El cadáver del infeliz Arturo depositado en la iglesia, donde se agrupó a contemplarlo toda la aldea y ya porque don Nuño lo deseara así, y ya también porque a todos los aldeanos les pareció muy bien, se determinó darle sepultura debajo de esta Cruz.

—¿Aquí reposan sus cenizas? — pregunté yo, asombrado.

—Déjeme usted concluir el cuento—respondió mi compañero, y todo lo sabrá usted.

—En efecto—prosiguió—; al día siguiente, vinieron el cura y el alcalde con multitud de gente, levantaron esta Cruz, pero aún no habían dado los primeros azadazos en la fosa, cuando llegó un propio que entregó al alcalde de Peroniél un oficio del alcalde de Arancón (1), pequeño pueblo vecino a éste, en cuyo parte decía que pasarán, inmediatamente, a recoger el cadáver de una joven llamada Sofía, que había dejado un coche al pasar por allí la noche anterior, con orden expresa de que se le diese tierra en Peroniél.

Todos los habitantes de la aldea se conmovieron a tan espantosa e inesperada noticia; y preocupados como ya estaban se sembró un verdadero dolor en sus corazones.

(1) Arancón no limita con Peroniél, sino el pueblo de Totalmoro, jurisdicción del primero, y por eso el oficio era de Arancón.

Don Nuño que seguía cerrado en su habitación, sin querer ver a nadie, exhaló un suspiro cuando esto supo, determinó que se enterrase el cadáver de Sofía en la misma sepultura que se estaba abriendo para el de su hijo.

En efecto, aquella tarde se trajo el cuerpo de Sofía, y vestidos de blanco los dos amantes estuvieron depositados en la iglesia toda aquella tarde y aquella noche entre la multitud de luces que no sólo los habitantes de Peroniél, sino los de los pueblos inmediatos, les ofrecían como muestras del cariño que les habían profesado.

—Señor—prosiguió mi compañero—, al brillar la aurora del día siguiente pasó en Peroniél la escena más tierna que jamás han visto ni verán estos contornos.

La primera ráfaga de luz bañaba los campos; los esquilonos de la aldea tocaban a difuntos; al eco fúnebre de este misterioso toque respondían en lejano sonido las plañideras campanas de los pueblecitos vecinos; y en medio de esta lúgubre pompa, iba la procesión fúnebre saliendo del templo.

Ningún habitante de Peroniél refiere aún aquellas escenas sin conmoverse.

Iban los primeros, niños del pueblo con la cruz de la escuela; seguían las zagalas con coronas de ciprés en la cabeza; los zagales, con ramos de romero en las manos; seguían los ancianos, descalzos y con las frentes inclinadas, luego iba la cruz de la parroquia; después los dos féretros tendidos

en unas andas de flores, después el sacerdote cantando el *Miserere*; después una multitud de hombres y mujeres en tropel, todos llorando, todos pegándose golpes de pecho, lanzando tristes gemidos todos.

De este modo llegó aquí la procesión; pero como si la naturaleza quisiera contribuir también con sus galas a la rústica pompa de aquella escena, el sol que asomaba en el horizonte sembró el campo de arboles; el rocío de la mañana se descolgó en brillantes perlas, y los pájaros cantaban a porfía en los aires.

Cuando los dos cadáveres fueron colocados en el fondo de la sepultura, en medio de un general clamor y del eco triste de los lejanos esquilonos, cubrieron la fosa los cuatro más ancianos, volvieron a plantar la Cruz dos albañiles, y cuando esta ceremonia se hubo concluído, se puso el sacerdote derecho en medio de aquella concurrencia, y señalando con una mano a la Cruz, y levantando la otra al cielo, exclamó no menos conmovido que los que le escuchaban:

—Amados feligreses, debajo de esta Cruz duermen dos ángeles; decid esto a vuestros hijos, para que vuestros hijos lo digan a sus hijos; y de este modo las generaciones venideras adoren con devoción esta santa Cruz.

Y echando la bendición sobre la Cruz, comenzó a andar entre un llanto general.

—¿Conque aquí duermen los dos?—exclamé yo levantándome, y mirando aquel monumento con religión y asombro.

—Aquí duermen, sí, señor — me respondió mi compañero levantándose también.

Desde entonces, esta Cruz se conoce en todas estas comarcas con el nombre de *La Cruz de los dos amantes*; desde entonces, nadie se acerca a ella sino con algún piadoso objeto: el anciano, para orar por los amantes; la viuda o el huérfano, para implorar la protección del cielo por su mediación; y, la tierna zagala, para esparcir frescas flores sobre estas sepulturas.

Por no dejar de decir a usted nada del cuento le diré también que a los pocos días murió don Nuño, sin duda, de sentimiento, el cual legó a los pobres y a la Iglesia todos sus bienes; y que algún tiempo después se susurraba que avergonzado el marqués de Smirch de la felonía que había cometido con Arturo, y no pudiendo soportar las agrias reconvenciones del Gran Duque de Bohemia, que descaradamente le llamaba en Madrid y en París asesino de su hija, se había pegado un pistoletazo en su gabinete.

—Nada más tengo que decir a usted—repuso mi compañero.

Y colgándonos ambos a la espalda los morrales, y tomando las escopetas, nos dirigíamos a Pero-niel conmovidos; pero no bien habríamos andado veinte pasos, cuando volvimos la cabeza, y

a la luz de la luna descubrimos un bulto junto a las gradas.

Era una joven zagala que iba a verter flores sobre *La Cruz de los dos amantes*.

Esto es, hermosísimas lectoras, el cuento que os ofrecí referir.

Esta es, madres engañadas, una historia inventada para probaros cuán terrible es jugar con el corazón de una joven; cuán expuesto es querer matar una pasión arraigada, por aprovechar un enlace, a los ojos del mundo, más ventajoso.

F I N



2.500

